


Monos enloquecidos: imagerías de la esclavitud subhumana en el racismo literario del ecuatoriano José de la Cuadra

Santiago Martínez-Magdalena

Departamento de Sociología y Trabajo social, Universidad Pública de Navarra/Nafarroako Uniberstisitate Publikoa, e-I-Communitas (UPNA-NUP) ✉ 

<https://dx.doi.org/10.5209/raso.108641>

Recibido: 10 de mayo de 2024 • Aceptado: 27 de junio de 2025

Resumen: Partiendo de un cuerpo literario latinoamericano, el que trata de las relaciones de humanidad y rebeldía de los monos, nos centramos en el desarrollo concreto que practica el cuentista ecuatoriano José de la Cuadra (1903-1941). En cuanto el mono aparece como esclavo amaestrado, cuya mísera vida transcurre entre la esclavitud energética y sexual, y la subhumanidad abyecta, queremos enfrentar un acercamiento antropológico a esta producción literaria, todo ello en el contexto del parque primatológico latinoamericano. **Palabras clave:** Humanidad. Animalidad. Subhumanidad. José de la Cuadra.

ENG Frenzied Monkeys: Imaginaries of Subhuman Slavery in the Literary Racism of José de la Cuadra

Abstract: Starting from a Latin American literary corpus that explores the relationships of humanity and rebellion of monkeys, we focus on the specific development practiced by the Ecuadorian storyteller José de la Cuadra (1903-1941). As the monkey appears as a trained slave, whose miserable life unfolds between energetic and sexual slavery, and abject subhumanity, we aim to undertake an anthropological approach to this production, all within the context of the Latin American Primatological Park.

Keywords: Humanity. Animality. Subhumanity. José de la Cuadra.

Sumario: 1. Introducción. 2. José de la Cuadra y la cuentística racialista en el contexto ecuatoriano. 3. Ficciones involutivas latinoamericanas para un parque primatológico. 4. Los monos enloquecidos. 5. Discusión final. 6. Referencias bibliográficas.

Cómo citar: Martínez-Magdalena, S. (2026). Monos enloquecidos: imagerías de la esclavitud subhumana en el racismo literario del ecuatoriano José de la Cuadra. *Revista de Antropología Social* 35(1), 13-28. <https://dx.doi.org/10.5209/raso.108641>

1. Introducción

La fabulación literaria, con su auxilio periodístico moderno, recoge históricamente la humanidad especular (así Tornero, 2007) con relación a su campo de dominio simbólico y material: el vasto y voluptuoso campo edénico (Rucquoi, 2007: 16ss.), que acabará por ser proyectado a la conquista americana (De Holanda, 1987; Cunill Grau, 2007). En este, el mundo animal sobre el que la Humanidad medró, destaca la rebeldía de los monos (o los simios como naciones de monos) como amenaza de retroceso humano y recaída en el pecado abyecto. Distintos tipos de simios aparecen representados por la literatura como asesinos y ladrones de mujeres, el más notable el orangután descrito por Edgar Allan Poe

en *The Murders in the Rue Morgue* (1841)¹. Es por eso que los simios, celosos portentos sexuales, deben reducirse a esclavos amaestrados para ser redimidos por el trabajo, donde su mísera vida transcurre entre la explotación energética y la subhumanidad más vil, configurando una suerte de parque primatológico (*vide infra*). La condición tropical y exótica de las latitudes latinoamericanas y caribeñas, su indomable "naturaleza" (Gudynas, 2010), y la potencia de las alegorías políticas en contextos de dominación entre barbarie y civilización (Handelsman, 1997), han proporcionado un rédito concreto de productividad

¹ Ilustraciones en la versión castellana anotada por K. J. Hayes (2022: 195-238).

antropológica que bien configura este imaginario parque primatológico latinoamericano, que desplegaremos enseguida. Lo que ha excitado una abundosa productividad imaginaria (De la Fuente Lombo, 1997), alimentada por la verosimilitud del fundamento naturalista científico que toman por ejemplo demostrativo estas características insulares y sureñas (Cid Rodríguez y Vergara Brunet, 2011), desde el Canal Beagle hasta las Galápagos. Por otra parte, siguiendo a Rodríguez González (2021: 267ss.), el cuento *Piña* (1890) de Emilia Pardo Bazán, en el que se narra la vida antropomorfa de una mona cubana en Europa, guarda relación con la realidad del parque para primates creado por la burguesa cubana Rosalía González-Abreu Arencibia (1862-1930) en su mansión habanera de Quinta Palatino. Esta pionera primatóloga, que consiguió por vez primera la crianza en cautividad, hizo parte de las averiguaciones del zoólogo Robert M. Yerkes en 1925 (Yerkes, 1925; *apud* Rodríguez González, 2021: 268). Al parecer, González-Abreu Arencibia apoyó inicialmente la investigación propuesta por Iliá Ivanov para criar un *Humancé* inseminando a una mujer voluntaria para criar un híbrido (Rossiianov, 2002), si bien tuvo que retractarse tras las amenazas del Ku Klux Klan (Wynne, 2005)². Educaba y vestía a sus monos, y los tenía incluso como sirvientes y domésticos (Rodríguez González, 2021: 268)³.

Fig. 1. La criadora Alyse Cunningham con el gorila encadenado John Daniel. Tomado de Yerkes, 1925: 72-73.



Veremos en seguida cómo la literatura se nutrió de todos estos elementos, fusionando la fabulación alegórica con la nueva fuente que proporcionaba la ciencia, recreando entonces un abigarrado parque humano en el sentido platónico de cría y domesticación (Gutiérrez Bossa, 2016) que encontrará sentido

en el nostálgico imaginario hacendístico (Vecchi, 2020). El darwinismo acarreó, en la conciencia social y sus imaginarios de época, que la idea de humanidad, de estirpe bíblica, perdiera su aura excelsa, privilegiada, escogida y santificada⁴. Hasta sumergirse en involuciones, depravaciones y degeneraciones que estaban sublimadas en la escatología o la zoología bíblicas, pero que ya se atisbaban en la raciología anterior. Los bestiarios bíblicos (Walker Vadillo, 2013; Malaxecheverría, 2000) no incorporaban atavismos humanos específicos⁵. Pero la proyección alegórica de los simios, presente en la controversia darwiniana⁶, fue proyectada por supuesto al imaginario americano (Magasich y De Beer, 2001; Maranguello, 2017). El conocimiento y la ciencia como máquinas productoras de diferencia, que encarnaron la alteridad de la norma en los cuerpos monstruosos, salvajes y anormales consecutivamente, vendrá sancionada por la ontología teratológica, colonial y criminal-patológica respectivamente (Velázquez Alvarado, 2021: 80). La alteridad producida por la ciencia tuvo así consecuencias prácticas: la eugenesia en América Latina tiene como elemento fundamental la desindianización, y compromete políticas demográficas y reproductivas tendentes al blanqueamiento de la nación (Reggiani, 2019). En el Ecuador, la higiene nacional eugenésica compromete la “dignidad genealógica” de blancos y rubios en el disimulo de cholos y zambos, superiores estos, no obstante, a negros e indios (Gayraud y Domec, 1953: 54 ss.). Las cátedras ecuatorianas, impulsadas además por el polo magnético que suponía la línea ecuatorial (Órzhitsky, 2010) y las Galápagos (Vasco Aguas, 2012), se explayaban sobre el darwinismo en 1871 (Sevilla, Sevilla y Cuvi, 2014); siendo un tema controversial, en relación a la perfectibilidad de las razas, en las disputas entre liberales y conservadores en el Ecuador de 1875 a 1895 (Sevilla y Sevilla, 2016). Las referencias caricaturescas del catolicismo conservador hacia el origen simiesco del hombre, y su contrapartida liberal positivista, se recogieron en distintas novenas, pastorales, artículos de prensa y libelos, entre obispos, vicarios, jesuitas y médicos. Sevilla y Sevilla (2016: 257ss.) mencionan las alusiones al mono perfectible, la degeneración humana por el pecado original, etc. Entre ellos, el obispo de Portoviejo, Pedro Schumacher, en 1889, habla de la pretensión de reducir la humanidad a la descendencia de monos para ser “hijos de una bestia de nuestros bosques”; y su vicario Luis Gómez de la Torre publica “La devoción al mono en la ‘religión universal’ del pensamiento libre” en 1892, donde satiriza la teoría de la generación espontánea poniéndola en relación con la política liberal y la democracia, en la que ve monos del bosque accediendo a sus deseos primitivos, comunistas y anarquistas (citados en Sevilla y Sevilla, 2016: 259-260). Además de la

² Su proyección en prensa puede verse al menos en *Estampa* (Madrid, 10 de enero de 1931: 3-4. En: <https://hemerotecadigital.bne.es/hd/es/viewer?id=836e01af-5957-441c-abbd-3c88b8d9d0af>), donde se da cuenta de un orangután, Cholo, asesino del administrador del parque por celos.

³ Lo que entroncaba con la literatura europea y norteamericana que describía a las mujeres hirsutas: “Los pilosos y encrespados formaban parte de la servidumbre y de la fauna exótica de la casa nobiliaria como las cacatúas y los monos, y sus retratos eran apreciadas piezas para las colecciones de maravillas” (Pedraza, 2009: 40-41).

⁴ Deschner (1986: 74-75 del vol 1) habla de que en la Biblia aparecen referencias a la “pureza de sangre” y la “pureza racial”.

⁵ Deschner (1986: 43 del vol. 1) recoge menciones que calificaban a los pueblos idólatras como monos. Tornero (2007) recuerda cómo en el *Pysiologus* (siglos II y IV), atribuido a San Epifanio, se hace alegoría de los animales bíblicos: el mono es el ser imitativo por excelencia, pecador y lujurioso, reducible al diablo (Tornero, 2007: 86).

⁶ Las caricaturas y representaciones simiescas del propio Charles Darwin y los evolucionistas, en Domínguez y Mateu (2012).

tradicción colonial de las calidades en los linajes, se desarrollaron en el tiempo teorías y prácticas a pie de hacienda, encontrando prolongaciones científicas de un racismo histórico: en Ecuador es poco conocido el racismo de hacienda que prosperó en la definición del agro ecuatorial con prácticas neolamarckianas, en autorías tan imposibles como las de Emilio Bonifaz (Locatelli-Zanchi, 2019)⁷. Bonifaz, en *Los indígenas de altura del Ecuador* (1979), muestra la correlación pseudocientífica y autodidacta (cfr. Bonifaz, 1976) de los hacendados que ponen en relación la doble sujeción a la tierra del campesino (en tanto campesino) y el indígena (en tanto indígena), salvando en parte lo mestizo por su mayor viveza, con la alimentación y el hipotiroidismo (Bonifaz, 1988: 495 y 496). El arraigo indígena a la tierra sería “casi vegetal” (Bonifaz, 1988: 470); y su indolencia, por comparación con la población negra, hiposexuada e inerme (Bonifaz, 1988: 447-448 y 491). La experimentación con semillas en el agro llevará a Bonifaz a proponer la esterilización eugenésica de las mujeres indígenas (Locatelli-Zanchi, 2019). Es por tanto un buen ejemplo de la ciencia de administración de haciendas que compromete prácticas raciológicas. La designación botánica, casi-vegetal o en una suerte de dendrología simbólica (Nina, 2011: 87), en el caso del costeño ecuatoriano, fue practicada literariamente también por De la Cuadra en su “Teoría del matapalo” para *Los Sangurimas* (1934). La “unidad vegetal” que encarna el matapalo montuvio aplica la larga tradición de las genealogías botánicas practicadas por los nacionalismos románticos europeos del siglo XVIII, acomodando un nativismo vernacular y naturalista latinoamericano, exhibiendo ostentaciones míticas (Mena, 2017: 2-3 y 7). En *Los monos enloquecidos* (1951), aunque la jungla tiene una vida más que vegetal, reflexiva (De la Cuadra, 1951: XXIV), el curandero negro Masa Blanca es llamado “médico vegetal” o “vegetal” (*id.*: XXXII). Todo ello dio lugar en toda Latinoamérica, entre la productividad científica, la prolífica divulgación en prensa, y la cuentística literaria, a una patética fabulación sobre monos antropoides que compartían calidades subhumanas con el melancólico “indígena” y los sujetos depravados de la criminalística (Nieva, 2018).

Todo esto da de sí lo suficiente como para conjeturar un “parque primatológico”, que encerraría en un cercado expositivo (zoo) la posibilidad de explotación de sujetos menoscabados en su valía humana (zoo humano). El que, como en De la Cuadra, estas alteridades históricas (especialmente los negroides evolucionados según la terminología de época), se hayan contenido en la figura de los simios (cfr. Bartra, 1996), permite sublimar y exculpar el racismo biológico del ensueño hispanoamericano de las castas,

por un lado, y evitar los desvergonzados zocos humanos (Horta Duarte, 2017; Hochadel, 2022), por otro. En la actualidad la crítica al sentido universalista de la antropología permite rescatar la discusión del concepto de raza (en su etimología ganadera y el carimbado), el paternalismo y el humanismo; operante aún, la raza, como espectro activo (el racismo), cuya ocultación ya había demolido la crítica descolonial⁸. En nuestro caso, entendemos por “parque primatológico” las figuras simiescas, subhumanas por tanto, contenidas en el dispositivo antro-po-literario⁹ que ensaya De la Cuadra, y que constituyen una prevención imaginaria, supuestamente no racista, que proporcione rendimientos identitarios y políticos, como tendremos ocasión de discutir. En rigor, no se trataría más que de una estrategia para hacer presente el espectro inenarrable del racismo. Este racismo no nombrable (que no es lo mismo que indecible), esconderá el desvelamiento de las instituciones actuantes en las sociedades americanas: en especial, el catolicismo imperial y el capitalismo racial. Así lo atribuye Esteban Plaza (2024) al cubano Fernando Ortiz, quien intuyó los espectros del capitalismo racial. Y así acontece también para el caso de De la Cuadra, si bien como un temor (el de la sublevación de lo subhumano).

Este es el propósito de nuestro artículo, revisar en concreto la propuesta estilística literaria con fuerte fundamento pseudo-socioetnográfico, de uno de los mayores exponentes de la narrativa ecuatoriana, quien explotará tanto la creación de una identidad mestizada en la costa del Ecuador como la fabulación postdarwiniana en los sueños de acomodación criolla.

2. José de la Cuadra y la cuentística racialista en el contexto ecuatoriano

José de la Cuadra Vargas (1903-1941), señorío cuentista guayaquileño, perteneció estilísticamente al Grupo Guayaquil (Pareja Diezcanseco, 1989). Practicantes del realismo social (1930-1945), Enrique Gil Gilbert (1912-1973), Joaquín Gallegos Lara (1909-1947), Demetrio Aguilera Malta (1909-1981), y Alfredo Pareja Diezcanseco (1908-1993), además de José de la Cuadra¹⁰, llevaron la estética costumbrista e

⁷ Hay que recordar que el darwinismo, desde luego en Argentina, sería asimilado al conocimiento pecuario (Vallejo y Miranda, 2019) cuando en las palabras de Sarmiento, a propósito de un homenaje a la figura de Darwin, exclamó en 1882: “Los inteligentes criadores de ovejas son unos Darwinistas consumados, y sin rivales en el arte de variar especies. De ellos tomó Darwin sus primeras nociones, aquí mismo, en nuestros campos” (*apud* Iso Catalá, 2018: 384). El uruguayo Floro Costa (1905: 90) había dicho que los argentinos “saben hacer con los hombres, lo que con sus ganados: saben seleccionarlos”. De la Cuadra describirá a los africanos como darwinistas antes que Darwin (*vide infra*).

⁸ No por casualidad, el giro animalista compromete la discusión del modelo ganadero (Digard, 2018). No obstante, en el campo antropológico, los giros animalista (Keck, 2017) y ontológico, abre las posibilidades críticas a la existencia integrada de una humanidad no segmentada ni autónoma de la naturaleza (crítica en Del Campo Tejedor, 2017, en el contexto ecuatoriano). La subhumanidad de lo indígena y lo afrodescendiente se abre aquí a una humanidad integral de la naturaleza, pero como en De la Cuadra, no dejará de tener un rendimiento identitario y político concreto que puede actuar como interposición (mestiza) de la cuerda de color.

⁹ Aunque no es necesario explayarse aquí sobre la fértil discusión de lo real y lo ficticio, y de la etnografía y la literatura (De la Fuente Lombo, 1997; Castillo, 2008; Orrego y Serje, 2012; López-Baralt, 2016), si queremos asumir la potencia de lo literario como especulación antropológica (Nodari, 2015), en especial la ciencia-ficción, como ya había propuesto Arnold-Cathalifaud (1974).

¹⁰ Se ha dicho, a partir de la ambigüedad y contradicción de De la Cuadra, que su pertenencia al grupo no pudo ser menos que necesaria sirviéndose un anclaje estilístico, siendo su compromiso social más bien estético: puesto que De la Cuadra conservaba su aspiración espiritual aristocrática en entornos donde el disimulo y la apariencia barroquistas eran imprescindibles (Nina, 2011: 37; Araujo, 2004; Tinajero, 2004).

histórica de la costa ecuatoriana hasta el indigenismo unificador del país. Si los activistas políticos Gallegos Lara, Gil Gilbert y Pareja Diezcanseco retratan al proletariado urbano, afrodescendiente y campesino, todos ellos dieron un refrendo literario al pueblo montuvio¹¹, como también Aguilera Malta (si bien se trasladó éste al realismo mágico o el expresionismo). Será precisamente José de la Cuadra quien fijará, con su novela *Los Sangurimas. Novela montuvia del Ecuador* (1934), el ideal físico y moral de los costeños ecuatorianos, junto con el estudio intelectual que realizará en *El montuvio ecuatoriano* (1937). No obstante, el montuvio venía designándose ya, sin identificación racial o étnica, tanto en observaciones antropológicas como en los cantares populares, como destaca Moret (2023). El rendimiento político será neto. La identidad montuvia será desplegada por diversos medios políticos y narrativos (Estrada, 1996; Naranjo, 2010) como fuerza del mestizo campesino costeño (Roitman 2009) y, en menor medida, del cholo pescador (Álvarez Litben, 2001). Su indianeidad (costeña, nunca serrana) es notoria aunque pueda estar disimulada, no así su africanidad (Handelsman, 2001), de la cual se desprende o niega (Moret, 2023: 2-3). El montuvio será, así, la evolución del indio costeño (como determinará el etnólogo Jaramillo Alvarado en 1922; citado por Moret, 2023: 3); es decir, un indio evolucionado (Jaramillo Alvarado, 1922: 169-172; citado en Prieto, 2004: 114).

El contexto histórico-político del Ecuador era muy complejo (Cueva, 1990)¹², y estuvo muy comprometido en los terribles avatares globales (Binns, 2012; Kersfeld, 2020). En el Discurso de ingreso a la Academia Ecuatoriana de la Lengua “Los narradores del Grupo Guayaquil”, Pareja Diezcanseco recordaba el inicio del grupo:

Bien sabido es que en 1930 apareció un pequeño libro de cuentos que revolvió públicamente las cataratas de la crítica sensiblera y pacata. Me refiero a *Los que se van (cuento del cholo i del montubio)*, de tres autores muy jóvenes: Joaquín Gallegos Lara, Enrique Gil Gilbert y Demetrio Aguilera Malta. Hacíase en esos cuentos una literatura socialmente realista, contrapuesta a los cisnes y princesas de papel pintado en que recaía con insistencia llena de amor y cualidades estéticas el simbolismo post-rubendariano. En cambio, en los textos de *Los que se van*, abundaban las ‘malas palabras’ del coloquio popular, que parecían descomponer a los mojigatos, excusadas sean las exageraciones en que incurrían todos

los nuevos movimientos del espíritu (Pareja Diezcanseco, 1989: s. p.).

El propio Pareja Diezcanseco señalaba los antecedentes: que van del realismo político ecuatoriano, el costumbrismo, o la novela indigenista *Plata y Bronce*, de Fernando Chaves¹³, junto con autorías costeñas como las de Leopoldo Benites Vinuesa, o serranas como las de Luis A. Martínez. De cualquier forma, el comienzo del grupo se inicia con un disparador político muy concreto: la reacción político-literaria a la masacre del 15 de noviembre de 1922. La huelga ferroviaria de Guayaquil, e inmediatamente general, motivó al gobierno del liberal José Luis Tamayo a reprimirla brutalmente (González Leal, 1997)¹⁴. Esto impulsó la redacción de la novela *Las cruces sobre el agua*, de Joaquín Gallegos Lara (Aguilar Monsalve, 2023)¹⁵; así como *Baldomera*, de Pareja Diezcanseco (Sinardet, 2011)¹⁶.

No obstante, lo que nos importa aquí es destacar el fondo ideológico transicional de la escritura de José de la Cuadra, siendo un miembro del Partido Socialista Ecuatoriano trasladado a un cierto conservadurismo, cuya escritura pasará estilísticamente desde un primerizo modernismo sentimentalista, al compromiso social realista y, por último, a un discutido y temprano realismo mágico (Carrión de Fierro, 1993; Cevallos, 2003)¹⁷. Moret (2020) va a dar cuenta, pormenorizadamente, del traslado ideológico de José de la Cuadra. En este, no hay que perder de vista que *Los monos enloquecidos* (1951)¹⁸, motivo de nuestro estudio, había sido escrita, quedando inconclusa no obstante, en 1931¹⁹. De la Cuadra, abogado y diplomático, presumió de ser originario de familia vasca, haciendo referencia a su radicación “durante la Colonia” (Moret, 2020: 109, y 112 ss.), por lo que, unido a otras consideraciones estilísticas, fue muy consciente del poder político derivado de la condición histórica pionera que su familia tuvo a gala. Tanto en su boda, en su notable presencia social en la prensa de la época, en sus escritos sobre la beneficencia y mujeres (Moret, 2020 y 2022)²⁰, como también en su desarrollo académico, confluyeron poderes militares, políticos, religiosos y académicos de Guayaquil; con proyección, además, internacional (Moret, 2020: 110 ss.). Su inclinación socialista vendrá dada más, quizá, por la búsqueda de una identidad de arraigo en la que la élite estética y política trabajaba²¹; como ya fue mencionado en relación al pueblo

¹¹ Escribiremos *montuvio* porque como señala el artículo de Donoso Pareja “la palabra *montuvio* se utiliza tal cual la emplearon los autores del ‘Grupo de Guayaquil’, esto es, como reflejo de ‘monte y vida’. Posteriormente la Academia decretó, así consta en el *Diccionario*, que debía escribirse *montubio* como resultado de ‘monte y biología’” (Donoso Pareja, 2003: 89, nota explicativa del monográfico sobre José de la Cuadra). Lo usaremos también en singular y género masculino, con artículo, enfatizando el uso genérico, representativo racial masculino y homogeneizador que le da De la Cuadra, tal y como indica Sinardet (2005: 6).

¹² Para el nacionalismo ecuatoriano véase Ospina Peralta (1996).

¹³ Editada en los Talleres Tipográficos Nacionales, Quito, en 1927.

¹⁴ La reacción literaria y testimonial, en Vidal Barriá (2023).

¹⁵ Publicada en Ediciones de la Casa de la cultura ecuatoriana, 1946.

¹⁶ Publicada en Santiago de Chile (Editorial Ercilla, 1938).

¹⁷ Para Donoso Pareja (2003) la escritura de José de la Cuadra es realista o verista (como el escritor prefería), y no realista-mágica.

¹⁸ Una reseña de la relevancia de este año en la escena cultural ecuatoriana menciona las vicisitudes del manuscrito inconcluso de De la Cuadra (Barrett, 1952: 270-271).

¹⁹ Según indica la edición de los *Cuentos escogidos* de José de la Cuadra (1977: 86).

²⁰ Robles (2003: 28) asume que la mayoría del público lector de De la Cuadra eran mujeres a través de la prensa destinada a ellas en la que este se ocupaba.

²¹ Robles (1997: 37) define a De la Cuadra como “pequeño burgués con visos de aristócrata; y pequeño burgués con voluntad de identificación colectiva”.

montuvio, que con cholos y negros montoneros, será la fuerza liberal de Eloy Alfaro (Paredes, 2007)²². No obstante, hay autorías que ven en De la Cuadra un traslado literario, del interés individual y genealógico, a lo colectivo: en cuanto, en *Los monos enloquecidos*, se recoge una crítica desmitificadora del criollismo ecuatoriano y la plasmación de la cruda realidad del campesinado (Robles, 2003: 32 ss.). Ahora bien, que lo montuvio fue una instrumentalización de las élites costeñas frente a Quito, es, en De la Cuadra, una muestra clara que llevará a empeños desarrollistas y reivindicaciones regionalistas posteriores, por ejemplo en Manabí con su manabismo acérrimo incluso frente a Guayas (Martínez-Magdalena, 2020). Robles (2003: 33) insiste, de cualquier modo, en que los escritores no pueden superar sus constricciones de clase (urbana, moderna, letrada), y que como en De la Cuadra, sólo pueden aspirar a un realismo verídico de base oral. De la Cuadra fue consciente del “Advenimiento literario del montuvio” como literatura popular, porque fue menester recrearlo y celebrarlo, poetizando su identidad, antes de iniciar la lucha por las libertades. De cualquier forma, y aunque en De la Cuadra puede encontrarse un pronto compromiso de estética política usando los medios de masas (prensa, revistas femeninas y cuentísticas de fácil lectura), su actitud última lo deslindará de los extremos de izquierda, conjurando la “propaganda política en el agro montuvio” (Moret, 2020: 120). La legitimidad de la representación estético-política del montuvio es pues aquí un problema. En 1934, por último, De la Cuadra accede a funciones gubernamentales, a la vez que ingresa en la Academia, en el contexto relacional y de poder que lo llevará en 1937 a ser secretario general de la Administración Pública del gobierno del general Alberto Enríquez Gallo (Moret, 2020: 120). El Estado nacionalista ecuatoriano es aquí muy marcado, y De la Cuadra será un partícipe convencido del sentimiento patriótico, de un socialismo cívico-militar autoritario con nombramientos directos y conspicuos (Moret, 2020: 120ss.). Tampoco apoyó a la República española en la guerra civil, y acabó tensionando el Grupo de Guayaquil, donde el montuvio se instrumentalizaba, en la opinión de De la Cuadra, como motor de la revolución obrera en el contexto ideológico de una “ecuatorianeidad” estalinista (Moret, 2020: 121-123), frente a la “ecuatorianeidad” nacional preferida por él (Sinardet, 2005)²³.

Sea como fuere, la intención estilística de De la Cuadra, con el fondo tensionado del Grupo de Guayaquil, practica un tratamiento político del nativismo (Robles, 2003: 20), que trabaja reivindicando la geografía paisajística como determinante cultural.

Igualmente, el reclamo más justo de las clases marginadas y la necesaria atención internacional sobre la explotación del amerindio, la labor obrera y guerrillera del intelectual que justifica el uso de los medios burgueses de reproducción masiva, y la evasión imaginaria de una realidad tremenda (Robles, 2003: 21ss.). Es en este contexto donde De la Cuadra, y otros más, se empeñan en ser consignatarios del campesino costero, ideando el montuvio como hito identitario ecuatoriano y encarnación de una idea nacional concreta: la liberal movilizadora de las fuerzas del pueblo. Por eso, desde la antropología²⁴, desde el psicoanálisis, desde el folklore, el periodismo exotista y el realismo literario, De la Cuadra produce una “alteridad” recreada en “la melancolía de un perenne sueño de armonía social” (Robles, 2003: 23)²⁵. Aunque pueda discutirse este uso de los medios burgueses para emprender una empresa de visibilización de la opresión del pueblo reificado como montuvio, la transición ideológica de De la Cuadra siembra algunas sospechas, como venimos recogiendo. No sólo por la autoconsignación letrada de esta necesidad y el origen elitista y colonial de sus literatos poderhabientes, más o menos comprometidos, sino porque la literatura “nativa” o “montuvia” (Amador *et al.*, 2010), si es que era posible, quedó silenciada, folclorizada²⁶ o ventriloquizada (Guerrero, 2010). Como imaginaria ventrílocua que provenía del discurso liberal de la “desgraciada raza indígena” a fines del siglo XIX (así Guerrero, 1994). Nina (2011: 35, n. 13), a este propósito, trae a colación la diferencia establecida por José Carlos Mariátegui entre literatura indigenista y literatura indígena. Lo propio ocurre con las producciones negras (Handelsman, 2001). Así visto, el compromiso sociopolítico de De la Cuadra y otros más, no fue, en rigor, otra cosa que la estética poderhabiente proporcionada como caudal colonial y republicano por la plusvalía finisecular ecuatoriana²⁷; que, en su localismo, precisaba contar con una identidad diferencial o distinguible en el contexto nacional (Guayaquil vs. Quito; Costa vs. Sierra) y americano, practicando, por tanto, una “identidad vernácula” (*cf.* Robles, 2003: 30). Sobre este particular, quizá no sea suficiente reparar en las

²² Cuando le sorprendió la muerte, De la Cuadra (1977: 86) trabajaba en una biografía documentada del General Eloy Alfaro, aunque quizá no pasó de ser un proyecto (Robles, 2003: 32). La admiración del presidente Enríquez Gallo (De la Cuadra formó parte de su gobierno) por Eloy Alfaro, a quien conoció de chiquito, también es proverbial.

²³ Binns (2012) no lo menciona con actividad en la respuesta de la intelectualidad ecuatoriana ante la guerra civil española, si bien De la Cuadra se adhirió telegráficamente a la “Adhesión de Escritores y Artistas del Ecuador. Mensaje de solidaridad a la España leal [a la República] que envían al Congreso de Escritores de Valencia” en 1937 (Binns, 2012: 578-579). Además, el gobierno de Enríquez Gallo en el que participó De la Cuadra fue antisemita (Kersfeld, 2020) y realizó acuerdos con Alemania (Gil-Blanco y Canela-Ruano, 2018).

²⁴ De la Cuadra ponderó positivamente los trabajos indigenistas de Pio Jaramillo Alvarado en los que se exhortaba a abandonar la fabulación de la realidad ecuatoriana; si bien De la Cuadra pedía aquilatar las “potencialidades constructivas” de la verdad nacional (Robles, 1997: 36). La perspectiva analítica practicada en *El montuvio ecuatoriano* ha sido tildada como propias de una sociología y etnología imaginarias con serias deficiencias de método (Sinardet, 2005: 4-7).

²⁵ Robles (2003: 24-25) recoge los términos de uso en la obra de De la Cuadra: aculturación-transculturación, algunas definiciones próximas a la de “subalternidad”, zonas de contacto, clases sociales en lucha, espíritu clasista, etc. Tomado de Freud (*La interpretación de los sueños*, cap. II), De la Cuadra se referirá a la transición, infiltración y contaminación de espacios socioculturales, como “zonas de macidez” (Robles, 2003: 25), contaminaciones que superan las contorneadas “zonas de contacto” (el espacio donde las clase sociales se descubren sin interferirse decididamente) (Robles, 1997).

²⁶ El amorfino (cantos de rueda y contrapunto, coplas de amor, velorios y chigualos versados) aparece como literatura popular montuvia, si bien su crítica redonda en su mestizaje prenotado por autorías como la de De la Cuadra (Pérez Martínez, 2019).

²⁷ Moret (2023: 7) hace mención de la instrumentalización política del montuvio y el serrano en la crisis del Partido Socialista.

“Palabras del protagonista al autor” (De la Cuadra, 1977: 87) que encabeza *Los monos enloquecidos*: Gustavo Hernández, montuvio postizo, “mitad y mitad” resultado de “selva” y “océano” pero, al cabo, un hacendado decadente de raigambre española, llama “padre” a José de la Cuadra, su autor; al que no hubiera querido, y al que le hace numerosos reproches: “desfiguración” de su vida, incompreensión interesada resultante de los paseos turísticos del autor por campo, mar o jungla, burla cruel de su condición ignorante, exhibición pública en los espacios letrados, etc. Tan es así, que le reprocha a De la Cuadra su incapacidad para crearlo como un hombre verdadero (De la Cuadra, 1977: 87). Un reproche fingido, porque Hernández es un hacendado rico, un montuvio postizo, el montaraz amestizado que quisiera ser, un De la Cuadra ficticio cuyos territorios son acaso las letras y el afán por las aventuras, los misterios y el exotismo²⁸. La genealogía que desgranará De la Cuadra sobre el protagonista de *Los monos enloquecidos*, aunque española y criolla, tiene una que-rencia amestizada y amulatada, pero siempre noble (de hidalgos, princesas indígenas y africanas) (De la Cuadra, 1951: I). El propio personaje dice que hubiera preferido ser hijo de montuvios o cholos pescadores, burlándose de sus dos espectrales hermanas catoliconas (De la Cuadra, 1951: III). De cualquier forma, autores como Handelsman (2002: 48ss.) consideran esto como una estrategia para burlarse de la burguesía guayaquileña, invirtiendo la negatividad racial de la afrodescendencia. En *Los Sangurimas* (1934), y desde luego en *El montuvio ecuatoriano* (1937), De la Cuadra quiere superar al simple campesino costeño, dotándolo de una nobleza conspicua que, en los montoneros liberales, se revelará como libertaria, ni servil ni esclava (distinguiéndose con esto de la india o la africana): “un carácter independiente, el amor a la libertad y una extraordinaria sensibilidad frente a las imposiciones despóticas, distinguen a los pueblos del Litoral, no permitiéndoles ser esclavos, o virtuales esclavos en esta región, como la población india de la Sierra” (Quintana y Palacios, 1937: 21). Ahora bien, De la Cuadra, antes de su inclinación montuvia, tenía a gala, como adelantamos, su raíz española: “defiende la idea del lazo ibero” en un artículo publicado en *Savía* (Número Aniversario 17, octubre de 1926), donde De la Cuadra escribe “En el día de la Raza. Madre España: estos hijos tuyos de Sudamérica” celebrando la travesía atlántica en hidroavión de Ramón Franco²⁹ y frente a las festividades contestarias del Día y la Fiesta del Montuvio al Día de Raza (Moret, 2023: 4-5)³⁰. Moret añade:

Surge entonces un debate en las páginas de *Savía*: un periodista, de seudónimo Martín Travieso, se opone a De la Cuadra, poniendo sobre la mesa la necesidad de reivindicar una identidad indígena plural, incitando a recurrir a las raíces prehispánicas, influenciado por los escritos de intelectuales peruanos como Mariátegui (Moret, 2023: 5)³¹.

3. Ficciones involutivas latinoamericanas para un parque primatológico

Con esta intencionalidad, la del privilegio de clase que tiene permitido fustigar a la sociedad burguesa, como lo hace el personaje Gustavo Hernández, de la que el autor procede, la obra de De la Cuadra opera en un entramado raciológico capitalista determinante. En la sociedad ecuatoriana, los apelativos racistas, entre otros muchos, de longo (indio de la sierra), cholo (indio de la costa) (Fletcher, 2003), y mono (Espinosa Apolo, 2000: 28-29, 203, y 251-252), en la tensión territorial, económica y política entre Guayaquil y Quito (Adoum, 2000: 44 ss., y 102 ss.), confieren el contexto histórico de la constitución racial-capitalista del Ecuador (Whitten, 1999). Los simuladores serranos desindianizados, y los costeños rurales mestizados; o, en general, el costeño guayaquileño, o los ecuatorianos calificados desde el Perú, son caracterizados todos como monos. Al menos desde el requerimiento de Carlos II de España, en 1693, al Ecuador, con el fin de que le enviaran un cargamento de monos para nutrir sus zoológicos privados; petición que, satisfecha, ocasionará algún tumulto en la corte del alucinado monarca a cuenta de los monos de Guayaquil, según relata Pino Roca (1930: 232-233). No obstante, Espinosa Apolo (2000: 203) cita como origen el mito prehispánico riombambeño registrado en 1808 por el secretario del presidente de la Audiencia de Quito, en el que se consigna la lucha contra una colonia de monos del occidente³².

Por otra parte, además del contexto científico antes reseñado, es necesario pensar que los zos y jardines zoológicos y botánicos, encuentran en Latinoamérica un sustrato incipiente, que pasa de considerarse como fuentes emisoras de animales y vegetales exóticos, a reunirlos para la exhibición en zos y parques nacionales y capitalinos: en el Montevideo de 1894 el rancho de Alejo Rossel, en 1875 el primer zoo en Buenos Aires, en Brasil en 1895, en México el zoo de Chapultepec..., que irán instrumentalizándose en la política modernista de estos países (Horta Duarte, 2017; Hochadel, 2022).

La ficción de José de la Cuadra fungirá en un abigarrado contexto escritural e ideológico latinoamericano que acogerá el darwinismo como insumo explicativo de un medioambiente de zoológico y floresta continental. La asunción de la ortogénesis supone la posibilidad del retroceso evolutivo, atavismos y degeneraciones: cuestión que excitó la imaginación literaria mucho más que los mecanismos genéticos

²⁸ Robles (2003: 31 ss.) insiste en que el horizonte de comprensión real de autorías y público lector respecto de las alteridades narradas y leídas, es muy limitado, y aporta el prólogo a la edición argentina de *El montuvio ecuatoriano*, cuando se señala en este la imposibilidad literaria de “figurar” realmente al montuvio.

²⁹ Siguiendo a Marcellhacy (2006), la hazaña del avión Plus Ultra (Palos-Buenos Aires, 1926) fue el “preludio a una reconquista espiritual de América”, siendo calificado el avión como “La Santa María del aire” o “la cuarta carabela”.

³⁰ La misma autora recoge sobre estas fiestas cómo las élites podían disfrazarse de montuvios o estos eran paseados por la ciudad para disfrute de las mismas (Moret, 2023: 5-6). Si bien, será De la Cuadra quien emprenderá la denuncia de estas situaciones y junto a Joaquín Gallegos Lara teorizará al montuvio como campesino explotado (Moret, 2023: 6).

³¹ El artículo de Martín Travieso en *Savía* se tituló “Patrioterías” (citado por Moret, 2023: 5).

³² Entre diferentes pueblos de Ecuador, se han documentado mitos de relación entre hombres y monos a propósito del *Sacharuna* u otras figuras míticas y carnavalescas (Cevallos Costales, 1972: 6).

de la adaptación darwiniana. La novela más interesante que recoge estas involuciones fue quizá la tardía *Galápagos*, de Kurt Vonnegut (1985). La jerarquía de estructura y función escondería en rigor el orden colonial (cfr. las nociones de naturaleza y orden en Daston, 2021). El imaginario involutivo de los relatos latinoamericanos será extenso. Lo cierto es que, en las producciones rioplatenses especialmente, la literatura y la prensa ilustrada coincidirán en explotar las terribles consecuencias de una ciencia inquietante que se adentraba por momentos en el esoterismo (Quereilhac, 2015). Y que, al menos desde la influyente *The Murders in the Rue Morgue* (1841), de Edgar Allan Poe, había trasladado la alteridad consecutivamente desde el obrero (peligro proletario socialista), el marinero (peligro del retorno colonial), y el extranjero (presencia encarnada de la alteridad remota; peligro amarillo y africano, y pestilencias), hasta reducirlos a todos en la alteridad radical imposible y terrorífica del orangután asesino (Velázquez Alvarado, 2021: 80-81). Autorías latinoamericanas como las de Eduardo L. Holmberg³³, Leopoldo Lugones (1996), Horacio Quiroga (1991) y Robert Arlt (2002), coincidían en explotar las rarezas quiméricas de la naturaleza que la ciencia biomédica atendía (Haraway, 2023), y exotismos tropicales que excitaban a un público lector mayoritariamente femenino y juvenil; todo ello en el contexto raciológico de las Exposiciones Universales y los zoológicos humanos, por un lado, y la consolidación de las alteridades indígenas adentro de las repúblicas americanas, por otro (Nieva, 2018). Autorías como las de Monterroso (1990) o Borges (2006) han echado mano de simios como socorridos imitadores, por antonomasia, de la humanidad. Es esencial, además, el cuento *Piña* de Emilia Pardo Bazán (1890), donde se pone en relación la colonialidad americana en España, así como la masculinidad (Rodríguez González, 2021). Todas estas producciones darán lugar por tanto a una especie de parque literario y primatólogo latinoamericano³⁴. En estos textos, el racismo explícito trabaja elaborando formas sostenidas de subhumanidad. El evolucionismo de base colabora a ello, alimentando una involución en el atavismo tribal. Un atavismo perdido para el hombre blanco, a quien se le niega la dirección involutiva, pero que consume especies subhumanas esclavas: bien como esclavos energéticos, bien como especímenes de memoria evolutiva. Lo cierto es que, siguiendo a Nieva (2018), la literatura de la ficción involutiva se sostiene en un contexto y mediante un procedimiento determinante: En primer lugar, medra bajo la autoridad extravagante de las ciencias biologicistas en el contexto, argentino por antonomasia ejemplar, de la conquista del desierto (patagónico y verde o chaqueño), donde construir la alteridad racial en el nacionalismo republicano (Nieva, 2018: 31-32); en segundo lugar,

mediante un aparataje procedimental de “des-subjetivación de la vida, y su transformación en ‘objeto biológico’”, así como de “racialización y consecuente transfiguración entre ‘raza indígena’ y ‘raza criminal’”, reificadas por la antropometría (Nieva, 2018: 32). Como resultado, “el indígena”, así reducido, queda al cargo de sus mantenedores bio- y tanatopolíticos de vida y muerte, y una sub- o inhumanidad biológica de degeneración anatomocognitiva y transitoriedad simiesca (Nieva, 2018: 33-34).

4. Los monos enloquecidos

Los monos enloquecidos, novela larga apenas comenzada de José de la Cuadra, es editada finalmente en 1951 en Quito. La guerra civil evitó que fuera publicada en Madrid y el manuscrito sufrió varios reveses: fue extraviado y quedó definitivamente inconcluso pese al intento de Gallegos Lara por terminarla en 1948 (Barrett, 1952: 270-271; Robles, 1996: I, n. 1). Es una muestra de la literatura ecuatoriana tardovanguardista que, aunque gira a lo social, no acaba de encontrarse en la inspiración en la ciencia darwinista (Rodrigo-Mendizábal, 2020: 256ss.). Se trata de un relato que practica un exotismo alucinatorio en lo que Duffy (1986: 18-19) califica de literatura fantástica sobre las Galápagos. Robles (1997: 39) pone la fantasía de estos escritores de época en relación a la melancólica tradición metafórica del imaginario medieval hispano en la ideación de América. *Los monos enloquecidos* y su personaje aventurero Gustavo Hernández, marino tierra adentro, son parte de esta nebulosa de las maravillas (cfr. Magasich y De Beer, 2001) en la que De la Cuadra practicó su literatura arraigada en un mito racial-liberal, por cuanto este relato pretende “exponer el sistema económico, racial y de clase que representaba el terrateniente criollo de principios de siglo” (Robles, 1997: 38). Familias gamonales mestizadas, o que aparentaban serlo en el programa republicano: que buscaban alimentar su calidad con fuentes ficticias de hidalguía, además de castellana, con otras más, como en *Los monos enloquecidos*, en donde “simulaban” entronques con casas reales indígenas y africanas (Robles, 1997: 39). Robles (2003: 35) dice de *Los monos enloquecidos* que trata “de los hechos y sergas de un personaje burgués y urbano”, lo que se contrapone en otros escritos de De la Cuadra a los “protagonistas paisanos al estilo de don Nicasio Sangurima o de Francisca Miranda, alias La Tigra”. En cualquier caso, respecto a los terratenientes, De la Cuadra no establece diferencias entre gamonales de raigambres española y criolla (propietarios blancos), los gamonales de raigambre campesina auténtica y aristocracia rural paisana (mestiza) que explotan igualmente al montuvio proletario, o los mismos explotadores urbanos (Robles, 2003: 35).

Los monos enloquecidos exponen el retorno de un marinero de estirpe hacendada a su país de origen para finalmente vivir con su mujer e hija en “Pampaló”, “el vasto y mítico feudo patrimonial ubicado tierra adentro, en la jungla de la costa ecuatoriana, [donde] las ignotas y fabulosas experiencias náuticas ceden el paso a un mundo real, inédito, perturbador y extraordinario [...] [La novela vendría a desarrollar entonces] el encuentro/desencuentro de Hernández con una geografía física y humana a la

³³ Naturalista director del Jardín Zoológico de Buenos Aires, fue un prolífico escritor de ciencia ficción. En especial, interesa recordar su *Olimpio Pitango de Monalia* (1901, inédita hasta 1994). La revista del Jardín, en <https://repositorio.anh.org.ar/handle/anh/15?offset=0>

³⁴ Lizandro Chávez Alfaro, en su cuento “El zoológico de papá”, parte de *Los monos de San Telmo* (1963), reproduce la tortura zoológica, con animales de hacienda enjaulados con presos políticos, con la que Anastasio Somoza en Nicaragua martirizaba a su oposición.

que él se acerca solo en busca de cómoda fortuna. Búsqueda que acabará por abrumarlo” (Robles, 1997: 40 y 41).

Los monos enloquecidos cuenta pues los itinerarios, alejamientos y retornos familiares y patrimoniales, de Gustavo Hernández, que, cómo vimos, se dirige previamente a De la Cuadra como autor insolvente. Un fantasioso marinero gamonal de muchas selvas³⁵, con antecedentes criminales, que acaba loco penetrando en las extensiones de sus nuevas haciendas, las junglas ecuatoriales.

Hernández poseía... una fantasía desbocada [cierto profesor universitario que lo conocía dijo de él que era el «tipo más completo y complejo del indigesto cerebral que había tratado»]; y, es de suponer que su estada [sic] en las islas de los galápagos [sic], unida a sus lecturas posteriores de Darwin, Agassiz y otros, juntamente con sus viajes por el sertao del Mozambique portugués; fué lo que hizo brotar en su cerebro aquellas sus raras ideas sobre los monos y su evolución, que más tarde pretendió poner en práctica (De la Cuadra, 1951: 34).

Un estudio autodidacta, “sin orientación”, de “extensas lagunas”, de “movible imaginación” (*loc. cit.*: 34) y experiencias africanas y oceánicas (*cf. loc. cit.*: XV), chocante con los “ridículos doctores de cabezas cuadradas” con “impedimenta de actriz de opereta”: incapaces, acomodaticios a sus “lerdas y cachazudas teorías que inventan” (*loc. cit.*: 41), que lleva a Hernández a proponer al negro brujo de las proximidades un ejercicio de ciencia misteriosa. Entre sofocos familiares (cuerpo, enfermedad y espectros) de selva enloquecedora (*loc. cit.*: XXIV y XXV); negros, brujerías y cuentos de peonadas esclavas (*loc. cit.*: XXIII).

Hernández sostenía una humanidad para con los animales basada en la libertad innata (*loc. cit.*: 113-114). Ciertamente, en sus actividades de caza jamás disparó contra los monos (*loc. cit.*: 114). Por la semejanza, por el parentesco; significaría cometer un homicidio. La jungla situaba a Hernández en un primitivismo palpitante, en un reencuentro con la verdadera naturaleza humana (*loc. cit.*: 122). En el capítulo XXXI se cuenta un episodio próximo, a medio camino nada más, a los ensayos de Roberto Arlt. Se escucha matar a un mono con un “grito que parecía salido de garganta humana” (De la Cuadra, 1951: 129). Una mona peluda cayó herida con su hijuelo entre los brazos. Una máscara siniestra agonizaba mientras su monito chillaba con fuerza. Ayudó a morir a la mona, Hernández, con una balacera sobre ella; rescató al monito, y expulsó de la hacienda al infame perpetrador: “—No quiero criminales en [la hacienda] Pampaló...” (*loc. cit.*: 131). El argumento jurídico se subroga al de una ética natural: “Porque matar a un mono..., a una mona, en esas circunstancias, es un verdadero crimen; aún cuando los códigos, hechos por los hombres y no por los simios, lo dejen impune” (*loc. cit.*: 131). Esas “circunstancias”, que ampara la ética, son las del estado natural de la mona: la

maternidad, claro está, más que su *asilvestramiento*. Esto será importante más adelante. Lo cierto es que el cachorro, atado con un nudo corredizo cruzado por el cuello y el tórax, fue conducido a la casa familiar: “La entrada del monito huérfano -al que se llamó Bob- en el hogar de los Hernández, fue como el advenimiento de un ser humano” (*loc. cit.*: 131). El alzamiento moral del mono como rescatado del estado de naturaleza (su pronta e irreversible muerte en ausencia de su madre protectora) cobra aquí un estatuto más patriarcal esclavista que para-humano. Un nombre, el del descastado Bob, sin apellido, sin “familia”, una adopción patriarcal de los muchos hijos ilegítimos regados por las extensiones de la hacienda, lo que puede estar desvelando el mestizaje como blanqueamiento de la bastardía³⁶. Sin embargo, Bob, ya señoreado en la casa familia (chillaba para restituir su fuero si era desterrado a uno de los cuartos desocupados de la casa), despliega numerosas correrías, hasta que toca la frontera infranqueable de la humanidad, buscando entronque de sangre y filiación: “Bob había adquirido para entonces ciertos hábitos reputados de poco correctos... No era raro que a media noche Alicia [la hija de Gustavo] se despertara bajo las caricias melosas del animalucho, que le sobajeaba el rostro con sus manitas de suavidad escalofriante, o le babeaba las mejillas en un entre besar y lamer” (*loc. cit.*: 132). Que Alicia sea la hija y no la mujer de Gustavo impide trasladar la “relación” a la competencia masculina, la usurpación, el robo y la potencia fecundadora:

Bob que -acurrucado en una esquina sombría-presenciaba la escena ocurrida entre marido y mujer [a propósito de la intransigencia de ésta sobre la actitud del mono], parecía darse cuenta de lo que se hablaba, y hacía destempladas muecas burlonas mientras chillaba con toda la fuerza de sus pulmoncillos. De improviso tomó un pedazo de palo y lo lanzó contra [la esposa], a la que por felicidad no tocó (*loc. cit.*: 133).

Impide por tanto establecer esa relación sexual debido a una aberración selvática moralmente infranqueable, pero sí la sitúa en la descendencia familiar y la aptitud del “pretendiente” (Bob sin apellidos), cuya única habilidad es además el asalto nocturno, como peligrosa alimaña que adopta la forma moralmente diabólica. La mujer de Gustavo, intransigente, calificará al mono como “bestia del infierno” y “demonio disfrazado” (*loc. cit.*: 133). Argumento que Gustavo achaca a la ingenuidad de su esposa: Bob no era un diablillo siquiera, sino un lindo monillo “que pertenecía, sin duda, a alguna de las especies más avanzadas en su evolución, más próximas al ser humano”; Gustavo lo sabía porque había “leído libros que decían que entre los más rudimentarios zoófitos y el hombre, corre una larga cadena de evolución” (*loc. cit.*: 133 y 133-134). El experimento posterior de Hernández consistirá en hacer una suerte de humanidad esclava sin intermediación biológica, es decir, puramente intra-racial. Esto supone una eugenesia por aprendizaje, civilizatoria, de una pseudo-raza

³⁵ La selva o monte es tenida como jungla, endemoniada, femenina, febril y detestable (De la Cuadra, 1951: XXIII y XXVI).

³⁶ Aquí place recordar el capítulo IV, “Mazorca de hijos”, de *Los Sangurimas. Novela montuvia del Ecuador* (1934).

naturalmente inferior, sustituyendo el alzamiento del mono a la humanidad calipédica. Hay que recordar que el decreto de manumisión de la población esclava en Ecuador fue en 1851, y que las haciendas costeñas desearon la pronta abolición para nutrirse de la liberación de esclavos serranos en la forma de asalariados. Una vez conseguida el trabajo asalariado supuso en la práctica el trabajo por deudas, fuerza que no se remedió hasta la reforma agraria de los años sesenta y setenta del s. XX (Bouisson, 1997; Rueda Nova, 2016).

Esta pretensión descansa en un evolucionismo místico y popular. Gustavo, menos presuntuoso que los científicos, dice saber dónde están los eslabones perdidos, y así argumentó ante su mujer en aquella discusión, fijándose un proyecto enloquecedor:

Dijo Gustavo Hernández que los negros brujos de África conocían métodos maravillosos para adelantar la evolución de los monos y que él -de quererlo- podía emplear tales métodos, cuya clave dominaba... [Lo dijo de manera vaga y misteriosa.] Como viera dibujarse en los labios de su mujer una sonrisa incrédula, se exaltó hasta la cólera; y, en un violento alarde, ofreció educar a Bob a un límite asombroso (De la Cuadra, *loc. cit.*: 134).

Nótense los juegos de la credulidad/incredulidad propia de los ámbitos religiosos domésticos y místico experienciales del saber masculino. Este conocimiento es en Gustavo experiencial, fruto de sus muchos viajes interoceánicos y su estancia en Mozambique. A la creencia popular supersticiosa de su mujer respecto al mono se contraponen aquí la ciencia de la experiencia, es decir, una ciencia mística, adquirida por iniciación masculina, ganada en el desplazamiento de los grandes viajes. Una ciencia más masculina, por mundana, que la religiosa doméstica. Igualmente, existe aquí una confrontación entre los brujos africanos y Masa Blanca, que sólo puede ser capataz de una hacienda o explotación minera simia. No obstante, los brujos del propio Ecuador podrían desarrollar estas prácticas, pues recuerda Bonifaz (1988: 459):

Los brujos tienen un curioso negocio. A un enfermo, que tenga varios animales, le dicen que está mal porque le ha 'cogido' el oro que está enterrado en su terreno y le propone sanarlo y al mismo tiempo hacerle rico 'madurando' el oro. Añadiría que esto cuesta bastante dinero que necesita para los preparativos. El indio, ingenuo, vende sus animales y entrega el dinero....

Ante la burla de su mujer, Hernández despliega un ensayo programático, una demostración experimental de una ciencia naturalista que se asemeja a una especie de antropología fundamentalista: “-Ya te convencerás... A lo mejor, quizás dentro de pocos meses habré hecho del bicharraco un pequeño hombrecito” (De la Cuadra, *loc. cit.*: 134). Un “pequeño hombrecito”, una humanidad reducida, un esclavo de mono adelantado. Este es su programa.

Desde entonces llevó a Bob a uno de los galpones edificados en las cercanías de la casa. Se encerraba con él durante horas. Nadie

supo lo que hiciera adentro. Aseguraban los peones, empero, que hablaba con el mono en una lengua que sonaba como el golpetear de un martillo contra un clavo, y que ellos naturalmente, no entendían (*loc. cit.*: 134-135).

Esta es la lengua o el lenguaje industrial, martillo contra clavo, entrenamiento por el trabajo de quienes, refractarios, son ociosos e indisciplinados. Bob no progresó, y Gustavo Hernández hubiera recurrido, de haberlo sabido, al humanismo *Natura non facit saltus* (*loc. cit.*: 135). Hernández encontró una solución mejor. Pudo ensayar un experimento mayor con la ayuda del brujo negro, como adelantamos: “[E]r moreno Masa Blanca, médico de curar” (*loc. cit.*: 141). Un curandero desarrapado y feo, que manejaba las especies animales curtidas (culebras, buhos y jaguares) y las hierbas. Un capataz, un amaestrador. El objetivo común es encontrar una mina de metales preciosos, un tesoro enterrado en Pampaló, un entierro de indios, caudal histórico de los Hernández, o quizá oro natural (*loc. cit.*: 148 ss.). Una fábula alimentada en la locura³⁷ de Hernández por Masa Blanca, que dice saber, y cuyo misterio atribuye al demonio. Extraer ese tesoro requiere un extraño ritual con doncellas vírgenes que Hernández se presta a sufragar. Pero se le ocurre entonces que la mano necesaria, mejor que la de una doncella o los rituales de los indios, las “manos que no se hubieran mojado en agua bendita” (*loc. cit.*: 152), han de ser las de los monos. Mejor que un niño, un ser puro en la evolución, incivilizado de crianza obtusa, sujeto plástico en el que exija menor escrúpulo moral, llamado su maestro a una misión que aunque civilizatoria, el límite de su materia no puede ser sino instrumental: la crianza de un ser menor pero útil, una peonada de docilidad menos supersticiosa. Un servil perfecto que no acceda a la manumisión: el anhelo profundo e inconfesable de las clases hacendísticas.

Así que Hernández instruyó a Masa Blanca en los conocimientos secretos acerca de los monos: “Hablóle de los conocimientos secretos que le habían transmitido los negros africanos acerca de los monos” (*loc. cit.*: 154). Contraponen Hernández, al conocimiento mestizo de Masa Blanca, el prístino origen africano. Un blanco -Hernández- instruye a un negro -Masa Blanca- sobre los misterios de la experiencia africana. La pureza racial retrógrada deriva naturalmente de la experiencia iniciática. Esta estrategia aleja de su origen esclavo a Masa Blanca, situándolo como inculto campesino de los misterios que su mestizaje ha pervertido en una especie de folklore rural: como una masa blanca (de pan blanco, no mezclado). Actuando con la autoridad de un etnógrafo, le dice luego a Masa Blanca:

Para algunas tribus, los simios eran tabú o *tana*. Otras creían que en ellos alentaba esencia divina, *nía*, que los colocaba por encima de lo natural. Y, otras suponían que en sus peludos cuerpos encarnaban las almas de los muertos. Finalmente, unas tribus que habitaban

³⁷ La locura de Hernández está en línea con la atribuida a los científicos-locos o monstruos de la ciencia ficción, progenitores de criaturas de laboratorio (Iso Catalá, 2018). No parece pues extraordinaria, sino más bien un escudo exculpatorio de una paternidad violenta y hacendística.

a las orillas de los grandes lagos, y en cuyos poblados viviera Hernández, pensaban que el estado de simio es inmediatamente inferior al de hombre y que, educando a los monos en cierta forma misteriosa, podían dar el salto y pasar al estado humano, violentando la evolución que normalmente se realiza al través de las existencias sucesivas (*loc. cit.*: 154).

Sin embargo, no consiente en enseñar a Masa Blanca el método concreto que emplearía: “—Me está prohibido el revelarlo. Por una traición sufriría atroces castigos en mi cuerpo y en mi alma”, dice Hernández. No obstante, Masa Blanca, a quién por ascendencia pertenecía el África, entendía más de lo que Hernández suponía. Un conocimiento, el de Hernández, cuyo mérito atribuye a “esas naciones reputadas de salvajes” que “sabían de esto hace centenares de siglos; mientras que los europeos, sólo con Darwin, a quien comienzan a negárselo todo, supusieron algo por el estilo” (*loc. cit.*: 155). Es decir, los nativos africanos eran darwinistas intuitivos antes que Darwin. Por último, Hernández encarga a Masa Blanca la captura de veinte monos, suficiente para extraer el tesoro (*loc. cit.*: 156). Una cuadrilla de braceros. “Organizados, amaestrados, me bastarían para cualquier empresa por ruda que fuera... Serían un ejército en mis manos...” (*ibidem*). Suministrados los monos por cazadores, amistades de Masa Blanca, son confinados en un galpón de cañas, lejos de las miradas de la hacienda y sus peones. Convendrán en que Masa Blanca los cuidará y alimentará, mientras el patrón irá dos veces por semana a educarlos con ayuda del ejemplo Bob (*loc. cit.*: 157). Los rumores no se harían esperar, atribuyendo a Bob parentesco con el hechicero, locura al patrón, y maldad en aquél lugar prohibido (*loc. cit.*: XXXVI). Al ser interrogado por su esposa afirmará la existencia del tesoro, ya localizado y a la espera de ser extraído de la tierra por “trabajadores dignos de depositar en ellos, con entera confianza, un secreto que valía una fortuna...” (*loc. cit.*: 161). Tras varias dificultades en la captura de los monos, “arzaos en los brusqueros porque... es el tiempo en que se ajuntan” (*loc. cit.*: 164), Hernández asiste al espectáculo simiesco del galpón (*loc. cit.*: XXXVII): “[E]staban ahí, arremolinados, chillando en una sinfonía absurda, los monos” (*loc. cit.*: 164). Veinte machos “[p]a que no haigan peleas... Las monas son unas sucias, blanquito. Andan con el uno, andan con el otro. Son peor que las mujeres malas. Y los machos hasta se matan a mordiscones cuando se enchivan...” (*loc. cit.*: 164-165), explicará Masa Blanca, trasladando el pecado original al dominio de la naturaleza. Hernández contemplaba a los monos, admirándolos, fijando su atención en las gestualidades vivas y las *facies* inteligentes:

Sí; innegablemente remedaban hombres no acabados de hacer, humanidades en potencia. En especial, aquél. Aquél, mayor que todos, que se colgaba del rabo prensil, enredándolo en una de las vigas cañizas del techo... Era un hombre. Le faltaba hablar como los hombres, reír como los hombres, llorar como los hombres. Nada más. Pero, a pesar de eso, era un hombre (*loc. cit.*: 165).

Gustavo Hernández gritó. Se vio llamado a una gesta científica universal. Pensando, en su interior,

se comparó al pobre almirante Colón, quién dio un mundo más al mundo, mientras que él, Gustavo Hernández, “daría una humanidad nueva a la humanidad” (*loc. cit.*: 166). Pero antes de glorificarse había que atender a lo inmediato: “Los monos estaban allí, y estarían ahí por siempre, arcilla propicia para cualquier obra. Los tendría cuando quisiera. Ahí. A su disposición. A su mandar. Cautivos. Ahí” (*ibidem*). Este endiosamiento post-edénico es práctico. Porque lo inmediato era extraer el tesoro enterrado. “Por lo pronto habría que emplear a estos seres humanos en potencia en la modesta labor de cavadores. Lo otro... ¡lo otro!... sería más tarde...” (*ibidem*). La peonada simiesca, bajo el almirantazgo humanitario de Hernández, redimiría a la humanidad por medio de su condición esclava evolutiva.

5. Discusión final

A la luz de este estudio, nos parece que la defensa de De la Cuadra es impracticable. Aunque pudiéramos entender que, en *Los monos enloquecidos*,

de la Cuadra no solo se propone desmitificar y parodiar las ínfulas y fantasías de las clases dominantes guayaquileñas, sino incluso ir más allá [e] insistir en que los componentes raciales que determinan el mestizaje costeño del Ecuador, sin excluir el de los “criollos” terratenientes, consignaban una mezcla histórica de amerindio, negro y blanco (Robles, 1997: 39).

Parece insuficiente aquilatar esta sentencia a la luz de cuanto venimos consignando: que De la Cuadra fue un mediador privilegiado, un intérprete de la transculturación indigenista, defensor literal del campesinado costeño, abogado de montuvios, intercesor e interpretador ante la sociedad criolla que asume un mestizaje retórico (Mena, 2017). Parece, insuficiente, porque compromete una sujeción del autor a una época insuperable, cuyos marcos restrictivos no dejarían superar la visión literaria de quien no tenía más remedio que morir al horizonte de su *zeitgeist*. Esta Miopía es incompatible con la atribución de genialidad al autor, supuesto precursor incluso del realismo mágico latinoamericano. Porque el *genius seculi* de De la Cuadra parece ser estrecho y estar referenciado a una suerte de estética colonial privilegiada que asume legitimidades de cronista de un sujeto, el montuvio, que refiere como presa literaria, de la cual extrae un rendimiento político.

Ciertamente, De la Cuadra pudo haberse decantado por la etnografía y el activismo político, pero su afán literario no fue menor. Ahora bien, podemos considerar lo que Robles (2003: 34):

el lenguaje de la etnografía y la antropología es uno, y el de la literatura otro, si bien el uno ayuda a compenetrarse en el otro. Mostrar literariamente al montuvio, al personaje tipo, exigía recursos novelísticos más allá de señalar su condición de ente explotado por un orden económico regido por un gamonalismo en vigencia. Cómo hacer vivir esa comunidad que vivía al margen del poder y del protagonismo, sin caer en la manipulación y en el partidismo, era el esfuerzo de técnica narrativa a resolver. En la práctica literaria se logra ese cometido gracias a la presencia de voces sin nombre,

de una suerte de coro. El resultado es un contrapunto de voces: la del narrador culto, la de protagonistas prepotentes de diferente índole, y la de los rumores y ecos de seres relegados, anónimos. Se produce así un efecto polifónico, un montaje de perspectivas culturales, heterogéneas, un equivalente literario de la hibridez, del mestizaje: un contrapunto en cuyo reparto intervienen, al menos, el poder, los subalternos, y el intelectual, éste en calidad de cronista.

De la Cuadra sería entonces un criollo cronista del mestizaje. Aunque esta perspectiva sitúa al autor “en su epocal comunidad intelectual”, su acceso a la condición de cronista no puede disculpar una mezcla literaria y pseudoetnográfica (Sinardet, 2005) como insumo para un aparente mestizaje de las élites intelectuales y donde el periodismo y la crónica no caen fuera de esta pose del disimulo barroco inverso (de lo criollo en lo mestizo). Parece un juego extraño o de extrañamiento calculado, de estética instrumental más allá de la convicción personal. Lo propio sucede con la etnografía y hasta el activismo, posibilitada su práctica merced a la plusvalía socio-política y educativa de quien puede dedicarse a ello, y que aún controla los réditos de un inflamado origen español. Pero, al menos, aquí se exige una exposición al riesgo de la vulnerabilidad instrumental.

Gustavo Hernández es un personaje que, con Robles (1997: 40, n. 5), entraña el ausentismo ecuatoriano (la ausencia que permite el privilegio):

La vida de éste encaja dentro de lo que de la Cuadra identificó en *El montuvio ecuatoriano* como un “fastuoso ausentismo” que, cual plaga natural, azota el agro montuvio. Hernández reflejaría el síndrome asociado con los «regresados», con el tráfuga, manifiesto entre miembros de las clases privilegiadas, que solo tornan al suelo patrio en busca de fortuna. (Robles, 1997: 40, n. 5).

En la narración de De la Cuadra, habría un afán, en las distintas clases sociales, por “plagiar” o “plagiarse” pasados remotos y ficticios: bien el pasado colonial pleno de hidalguías en las élites criollas y hasta mestizas reclamado ciertos orígenes en la cuerda de color, bien en los reinos africanos o la nobleza indígena y hasta una ancestralidad victimizada repleta de sufrimientos de barra y cepo (Robles, 1997: 42). Ahora bien, si esto es así, la afirmación de Robles no acaba de ser efectiva:

la novela enfrenta un mundo “moderno”, eurocéntrico, propenso a colonizar y explotar, con un mundo primitivo. El choque que se produce es, pues, entre clases sociales que interpretan la historia de maneras radicalmente distintas. La intransigente disputa por la verdad histórica, sujeta a las fantasías de ambos lados, deviene el centro de la problemática que trasunta la narrativa, a la par que el alusivo punto de partida para construir una realidad ecuatoriana (Robles, 1997: 41).

Esta tensión nos parece más radical en el relato de De la Cuadra. Porque no podemos aceptar la “victimización”, como provecho o privilegio, de

la afrodescendencia esclava o los contingentes indígenas desterritorializados, producto del despojo y el vasallaje. La “ausencia” no es lo mismo que la desaparición o la identidad forzada. El plagio al que alude Robles nos remite a otra cosa, al privilegio alimentado por la genealogía ficcional de la clase dominadora. Bouvet (1998), a propósito de la obra *Yo el Supremo* de Roa Bastos³⁸, estudia el plagio como la afirmación de la negación: la aseveración consolidada de lo que se niega. Los negros cuentan a Alicia (la hija de Gustavo):

—Vea, blanquita; aquí jué onde sus papás cerraban a los presos. Ahí estaba la barra y er cepo; ahí las argollas; de ese gancho der techo, cargaban al varón que latiguaban a narga pelada, blanquita ... ¡qué horror! Izque se morían de tanto que los maltirizaban, mismamente como a Nuestro Señor Jesús Cristo ... digo yo...

—[Responde Gustavo Hernández a su hija Alicia:] No hagas caso, hija. Son mentiras. Nada más. Fantasías. Estos peones estúpidos son, en esos respectos, como los demás ecuatorianos. Mis compatriotas viven enamorados de un pasado que no han tenido, y tratan de forjárselo a toda costa, a su modo, presentándolo con pinceladas tenebrosas, para hacerlo más atractivo; sin darse cuenta de que plagian miserablemente, apoderándose para su uso de historias de pueblos distintos, que las vivieron de veras, pero en circunstancias distintas, también ... [...] me recuerda ahora la conciencia ... a tus dos tías ... Entre María de las Mercedes y Jesusa te habrían llenado la cabeza de cuentos de la laya de esos que te relatan los negros ... Pero, mis hermanas te los habrían narrado a lo glorioso (*Los monos enloquecidos*, XXIII, p. 123-124).

La interpretación de Robles (1997) hace que la actitud de Gustavo, a pesar de sus desmentidos de la historia familiar, siga en línea recta “los delirios de los conquistadores que siglos antes iban en busca de “el dorado” (Robles, 1997: 42):

ese mismo Hernández que, consciente o inconscientemente, se precia de ser portavoz de una incipiente revisión histórica, acaba por entregarse al aprovechamiento de un patrimonio que, en intención, perpetúa la imperial ideología de sus antepasados terratenientes. Sigue siendo un feudal-burgués empedernido, no obstante, sus mofas y refutaciones frente a los de su clase. Sueña la metáfora del imperio (Robles, 1997: 43).

Pero atribuye Robles a los peones negros un plagio (una invención) de historias que no han tenido.

³⁸ Recuérdese que De la Cuadra trabajó para la administración de Enríquez Gallo y que, como indica Moret (2020: 119), dejó sin escribir *La presidencia del señor Orobio* (novela de crítica política hispanoamericana), lo que hubiera sido un primer relato sobre el género que luego en la literatura latinoamericana inaugurará la crítica de los grandes dictadores (*Los animales puros* de Pedro Jorge Vera en 1946, *El señor presidente*, de Miguel Ángel Asturias en 1946; o *Yo el Supremo*, ya en 1974).

Lo que nos parece obvio, de cualquier forma, es que la vida narrada de Gustavo Hernández es un compendio acelerado del dominio europeo, español, portugués, británico, holandés y norteamericano³⁹. Su sueño de encontrar el tesoro redundante en verse como dueño de una mina para entregarla a la administración de una poderosa compañía norteamericana (De la Cuadra, 1951: XXIX). Un compendio del frenético afán colonial además manifiestamente criminal, que va desde el Pacífico al Atlántico, y que resume en sus viajes oceánicos, como un sinóptico, la conquista y la esclavitud. Proporcionando un privilegio por acumulación que, venido a menos, conserva su legitimidad o su hacerse valer, siendo correlato del extractivismo americano en la hacienda o la mina. Sus andanzas náuticas remiten a las gestas colombinas y sus muchos naufragios (cfr. V a VII), y recogen tipologías pródigas, robinsonianas y odiseicas (cfr. XVII). Es por tanto un programa de vindicación europea, donde el conquistador no fue eficaz ni acabó por crear una verdadera raza nueva (De la Cuadra, 1951: XXVIII).

Por otra parte, la animalidad de los monos excavadores no es ajena a la montuvia, en el sentido que De la Cuadra expresaba en su "Advenimiento literario del montuvio" (1933): "[m]ientras su malhadado doble literario derivaba hacia todos los rumbos, el auténtico montuvio continuaba, como hasta hoy [1933], arrastrando una existencia de lo más próxima a la animalidad elemental" (citado por Nina, 2011: 35, n. 14). No hay que olvidar que sus monos, como todo animal literario o aún objeto científico, son signo político en relación con una corporalidad subhumana (Giorgi, 2014: 240). No creemos que el montuvio pueda reducirse a esta subraza simiesca en De la Cuadra, obviamente; ni tampoco, racializando, a la indígena o la negra. Pero sí guarda alguna de sus características del ensueño colonial explotador que opera inscribiendo corporalidades con raíces atávicas y por ende raciales. Sobre todo porque el montuvio es un animal agreste⁴⁰. Sinardet (2005: 7) subraya cómo *El montuvio ecuatoriano* de De la Cuadra medra:

erigiendo en normas ciertas características físicas montuvias... [describiendo] rasgos que parecen hereditarios según el autor. Según un enfoque darvinista, la raza montuvia se habría adaptado a su medio hasta transmitir de generación en generación los caracteres físicos que facilitan su supervivencia en una naturaleza que el autor define como hostil: los «pies de nadador» representarían una ventaja enorme en un medio dibujado por innumerables ríos. Asimismo «los largos brazos y las manos gruesas y fuertes», como los del simio, garantizarían una gran agilidad a la hora de recolectar las ricas frutas de los árboles que describe el ensayo.

³⁹ Recordemos la respuesta cuentística de Lizandro Chávez Alfaro en *Los monos de San Telmo* (1963), donde se denuncia el imperialismo extractivista norteamericano a propósito del comercio de monos.

⁴⁰ Puede verse su representación en la tira cómica de Guillermo Lecaro Pinto "Malandanzas y desventuras de Tripita Huayamave en Guayaquil", en *Savia*, Número Aniversario 17. Guayaquil: 10 de octubre de 1926, s/p (citado por Moret, 2023: 4).

En efecto, De la Cuadra había dejado escrito que:

El hombre montuvio rara vez alcanza estatura elevada. Es de mediana talla, más bien bajo. Su cabeza es redonda y pequeña, de cabello lacio o levemente crespo, prieto [...] Es de hombros y tórax anchos hasta aue el paludismo, la anailostomiasis o la tuberculosis, lo encogen y deprimen. De piernas arqueadas, que se cierran sobre el lomo del caballo. Con pies planos de nadador. Con largos brazos y manos gruesas y fuertes, desproporcionadas en relación con el antebrazo. Su color va del moreno oscuro, casi morado, al amarillo mate. Ello depende de la mayor o menor cantidad de sangre negra que se haya mezclado con la india (De la Cuadra, 1937: 39-40).

Acabando con la referencia a los simios: "El montuvio es agilísimo. Trepando árboles, rivaliza con los simios" (De la Cuadra, 1937: 41). Sinardet concluye resolviendo en tres consideraciones la elección nacionalista republicana del mestizo como raza propia, manifiesta en la obra de De la Cuadra:

Elegir la figura de un mestizo y presentarla como categoría «racial» definitiva no nos parece inocente en este contexto de búsqueda de una ecuatorianidad. Primero, el mestizo se presenta como una «raza» genuinamente americana. De por sí puede encarnar una identidad auténtica lejos de las pautas y de los modelos europeos. El tipo del montuvio inscribe así al Ecuador en esta americanidad auténtica. Segundo, el montuvio es «raza» genuinamente ecuatoriana según la demostración darvinista que prevalece en *El montuvio ecuatoriano* [...]. El tipo del montuvio, hijo del suelo patrio, demuestra de esta forma la originalidad nacional, la existencia posible de una ecuatorianidad [...] Tercero, la identidad mestiza es la única en poder adecuarse al ideal de nación de la «generación del treinta», joven, emancipada de los modelos tradicionales "blancos" y capaz de crear sus propios modelos culturales (Sinardet, 2005: 7).

Siendo así:

¿quién mejor que el mestizo puede contribuir a la construcción del Ecuador moderno? El criollo pertenece a una raza importada y remite a un sistema de dominación que no ha dejado de explotar y envilecer a los demás grupos. Encarna más el pasado colonial que el ciudadano moderno del Estado-nación soberano del siglo XX. Por su lado, el indio aparece como el vestigio del pasado, el fósil de un universo arcaico que pronto desaparecerá, absorbido por la modernidad y mestizado. En cuanto al negro, representa la figura del salvaje por antonomasia, reactualizando José de la Cuadra la tradicional oposición civilización/barbarie para definir una jerarquía que hace del mestizaje la posible superación de los vicios de las otras razas (Sinardet, 2005: 7).

Siendo esto así, podríamos pensar a partir de la obra de De la Cuadra, que las tres "razas" fundadoras de la república, acrisoladas en la mestiza montuvia,

son imperfectas y vinieron empujadas por la fuerza de la necesidad histórica hacia un resultado de convergencia revolucionaria cuasi-evolutiva encarnada en esta última. Ahora bien, en ella se conserva tanto lo simiesco y agreste como la pujanza emprendedora. Nos preguntamos entonces si es posible que en *Los monos enloquecidos* no esté anidando el melancólico ensueño republicano, loco por atemporal y nostálgico, de la explotación (minera) de quienes no pueden, contemporáneamente a la época liberal autoritaria de De la Cuadra, ser esclavizados de nuevo⁴¹. Dignidad, deuda y nobleza racial lo impiden. ¿Cómo explotar sin la culpa y el sufrimiento adánico las riquezas del Edén americano? Hernández, en sus muchas travesías sinópticas de la conquista, no había hallado el Edén, seguramente ya perdido en las mentes enfermas de los conquistadores. La tierra maligna que oculta sus tesoros a la codicia no puede ser atravesada por los humanos. Sólo por medio del reconocimiento de la animalidad subhumana puede conjurarse su celo. Los monos excavadores aparecerían entonces como seres fantasmagóricos, sustitutos perfectos de la evocación de un crimen político (Vecchi, 2020: 179). De la Cuadra (1951: XXXIII) equipara a los monos inmaculados, no bautizados, con los escasos y diezmados “indios salvajes”, igualmente inmaculados y no bautizados, por tanto edénicos. Lo que recuerda a los pueblos no contactados del Ecuador. Una equiparación que sustituyen el objeto explotado en esta melancolía de un pasado colonial hacendístico, dado que el sujeto político actual no puede ser, por su condición ciudadana, explotado. Los monos son seres anteriores, sin culpa, edénicos y preadánicos. Que la ciencia-ficción en De la Cuadra sea melancolía de un pasado donde esto era posible y hasta saludable para el imperio y la República, es una terrible inquietud que en el Ecuador estaría tal vez escondiendo lo inimaginable. De cualquier forma Gustavo Hernández, el mismo José de la Cuadra, parecería ensoñando como libertador definitivo después de cobrar el rédito del tesoro oculto enraizado en la tierra equinocial del Ecuador. De la sombra del autoritarismo en el gobierno de las poblaciones no iguales se desprende la necesidad de criar un parque humano en los reiterados sueños y miedos hacendísticos (Gutiérrez Bossa, 2016). Si el país se podía administrar como una hacienda, el huasipunguero⁴² acabará por ser reducido de nuevo a un sujeto fantasmal existente detrás de la sombra del asalariado, cuya fuerza explotada se disculpa en los terrores de la subhumanidad esclava que ha de rendir la plusvalía colonial de los privilegiados por derecho. Pues si “las realidades de la vida colonial

mostraron ser más fuertes que los sentimientos humanitarios que determinaban las leyes [de la corona o de la República]” (Oberem, 1978: 50-51), “ganados y yanacunas” eran, si no lo mismo, semovientes: “Al fin y al cabo no es más que un indio mula [...], y verdaderamente este pobre indio es como el infeliz semoviente por su trabajo y por su sino”, al decir de Villanueva Lano (1956: 29). La cría subhumana permitirá, por último, salvar culpas coloniales, llegando a un mestizaje resolutivo menos culpable.

De Platón a Nietzsche, Heidegger, Derrida y Sloterdijk (Rodríguez González, 2021; Gutiérrez Bossa, 2016), la soberanía sobre el rebaño y su constitución como parque humano, ha sido el tema recurrente que puede esconderse en esta narrativa acerca de los monos; que trae y retrotrae la infatigable discusión sobre la naturaleza y, en especial, la naturaleza humana (Haraway, 2023; Daston, 2021). Si la naturaleza y Dios son los recursos apolíticos por extrahumanos o extraculturales, obrando desde el afuera del espacio humano en la representación edénica⁴³, la bestialidad aparece y desaparece doblemente: las bestias están siempre a disposición del dominio humano, y entre ellas, así reducidas, los hombres animalizados como víctimas sacrificales en holocausto; y, al mismo tiempo, se revela la animalidad asesina de los elegidos que se proveen legítimamente de víveres y victorias de guerra. Con razón, Gustavo Hernández, sádico cazador que reincorporaba sus piezas heridas a la jungla, tras sanarlas, acumulaba en las paredes de su cuarto pieles curtidas y panoplias de armas (De la Cuadra, 1951: XXVII).

6. Referencias bibliográficas

- Adoum, Jorge E. (2000). *Ecuador: señas particulares (ensayo)*. Quito: Eskeletra.
- Aguilar Monsalve, Luis (2023). “La huelga del 15 de noviembre de 1922 como antecedente histórico de ‘Las cruces sobre el agua’ (1946) de Joaquín Gallegos Lara”. *Kipus: Revista Andina de Letras y Estudios Culturales*, 54: 119-132.
- Álvarez Litben, S. (2001). *De Huancavilcas a Comuñeros. Relaciones interétnicas en la Península de Santa Elena-Ecuador*. Quito: Abya-Yala.
- Amador, Sergio et al. (2010). *Antología de la Literatura Montubia*. Guayaquil: Graba.
- Araujo, Diego (2004). “Oralidad y lo mítico-maravilloso en la obra de José de la Cuadra”. *rel/incidencias*, 2: 45-67.
- Arlt, Roberto (2002). *Cuentos completos*. Buenos Aires: Losada.
- Arnold-Cathalifaud, Marcelo (1974). “Relaciones entre antropología y literatura: la Ciencia-ficción”. *Revista Antropología joven*, 1(1): 80-94.
- Martínez-Magdalena, Santiago (2020). “Adultos mayores, territorialidad y políticas públicas: esfuerzo generacional en el Ecuador rural y deuda (inter) nacional”. *Fuegia. Revista de estudios sociales y del territorio*, III(1): 37-53. Disponible en <https://hdl.handle.net/2454/38912>
- Barrett, Linton L. (1952). “The Cultural Scene in Ecuador: 1951”. *Hispania*, 35(3): 267-273.

⁴¹ Carrión (2017) recoge los cambios normativos sobre la minería en Ecuador desde el Código de Minería de 1886, instrumento legal que constituirá un objeto jurídico para su apropiación capitalista.

⁴² Aunque ilustrado por la literatura indigenista de Jorge Icaza en 1934, el huasipunguero era el indígena que recibía el *wasipunku* o parcela prestada en la hacienda para cubrir sus necesidades, casa, animales y huerta. Se ha discutido la intencionalidad y los efectos de tomar la palabra del explotado en esta novela (Soriano Salkajsvik, 2016). De cualquier forma, suponía la explotación derivada de la encomienda, siendo un término jurídico indiano activo, hasta las Reformas agrarias, en parte del Ecuador (cfr. <https://dpej.rae.es/lema/huasipungo>).

⁴³ Baste contemplar los grabados de Robert Fludd en su *Medicina Catholica* (1631).

- Bartra, Roger (1996). *El salvaje en el espejo*. Barcelona: Destino.
- Binns, Niall (2012). *Ecuador y la guerra civil española. La voz de los intelectuales*. Madrid: Calambur.
- Bonifaz, Emilio (1977). *Origen del hombre ecuatoriano*. Conferencia dictada en el IOA, 19 de agosto de 1976. *Revista Sarance*, 4: 5-14.
- (1979). *Los indígenas de altura del Ecuador*. Quito: Publitécnica.
- (1988). "Comportamiento". En Malo González, Claudio (comp.). *Pensamiento indigenista del Ecuador*. Quito: BCE-Corporación Editora Nacional, 443-503.
- Borges, Jorge L. (2006). *Manual de zoología fantástica*. México: FCE.
- Bouisson, Emmanuelle (1997). "Esclavos de la tierra: los campesinos negros del Chota-Mira, siglos XVII-XX". *Procesos. Revista Ecuatoriana de Historia*, 1(11): 45-67.
- Bouvet, Nora E. (1998). *Estética del plagio y crítica política de la cultura en Yo el Supremo*. Asunción: Servilibro.
- Carrión de Fierro, Fanny (1993). *José de la Cuadra, precursor del realismo mágico hispanoamericano*. Quito: Edipuce.
- Carrión, Andrea (2017). "Las leyes de minería en Ecuador a fines del siglo XIX: la reconfiguración de la propiedad minera". *Procesos. Revista ecuatoriana de Historia*, 45: 95-122.
- Castillo, Susana (2008). "La doble trans-posición: de la Literatura a la Antropología y viceversa. Presentación del volumen monográfico: Antropología y Literatura". *Revista de Antropología Social*, 17: 7-26.
- Cevallos Costales, Alfredo (1972). *Historia de Riobamba y su Provincia*. Quito: Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- Cevallos, María L. (2003). "José de la Cuadra como precursor del realismo mágico". *Kipus: revista andina de letras*, 16: 195-198.
- Chávez Alfaro, Lizandro (1963). *Los monos de San Telmo*. La Habana: Casa de las Américas.
- Cid Rodríguez, Gabriel; Vergara Brunet, Jacinta (2011). "Representando la 'Copia feliz de Edén'. Rugendas: paisaje e identidad nacional en Chile, siglo XIX". *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, 15(2): 109-135.
- Costa, Ángel Floro (1905). *Rasgos biográficos del Dr. Juan Carlos Gómez*. Montevideo: El siglo ilustrado.
- Cueva, Agustín (1990). "El Ecuador de 1925 a 1960". En Ayala Mora, Enrique (ed.) y Durán Barba, Jaime (coord.). *Nueva historia del Ecuador. Época Republicana IV. El Ecuador entre los años veinte y los sesenta*. Quito: Corporación Editora Nacional-Grijalbo, 87-121.
- Cunill Grau, Pedro (2007). "La magnificencia del paraíso terrenal". *Geohistoria de la sensibilidad en Venezuela*: 46-53. Caracas: Fundación Empresas Polar.
- Darwin, Charles (1997). *Autobiografía y cartas escogidas*. Madrid: Alianza.
- Daston, Lorraine (2021). *Contra la naturaleza*. Barcelona: Herder.
- De Holanda, Sergio B. (1987). *Visión del paraíso: motivos edénicos en el descubrimiento y colonización del Brasil*. Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho.
- De la Cuadra, José (1934). *Los Sangurimas. Novela montuvia del Ecuador*. Madrid: Cénit.
- (1937). *El montuvio ecuatoriano (Ensayo de presentación)*. Quito: Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Central del Ecuador.
- (1951). *Los monos enloquecidos*. Con un estudio preliminar de Benjamín Carrión. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- (1977). *Cuentos escogidos*. Guayaquil: Clásicos Ariel.
- De la Fuente Lombo, Manuel (coord.) (1997). *Etnoliteratura: una antropología de ¿lo imaginario?* Córdoba: UC.
- Del Campo Tejedor, Alberto (2017). "Antropología perspectivista o el giro ontológico. Crítica de un paradigma no tan nuevo". *Pucara. Revista de Humanidades y Educación*, 1(28): 11-54. <https://doi.org/10.18537/puc.28.01>.
- Deschner, Karlheinz (1986). *Historia criminal del cristianismo*. Barcelona: Martínez Roca.
- Digard, Jean-Pierre (2018). "El giro oscurantista en antropología. De la zoomanía al animalismo occidentales". *Ciencias Sociales y Educación*, 6(11): 251-273. <https://doi.org/10.22395/csye.v6n11a14>.
- Domínguez, Martí; Mateu, Anna (2012). "La caricatura de Darwin. Evolución, ciencia y religión en las viñetas gráficas". *Mètode*, 74: 19-23.
- Donoso Pareja, Miguel (2003). "De la Cuadra: Obras completas, realismo mágico y una discutible reivindicación". *Kipus. Revista andina de letras*, 16: 89-104.
- Duffy, David C. (1986). "Galapagos Literature-Fact & Fantasy". *Noticias de Galapagos*, 44: 18-20.
- Espinosa Apolo, Manuel (2000). *Los mestizos ecuatorianos y las señas de identidad cultural*. Quito: Tramasocial.
- Esteban Plaza, Juan (2024). "Conjurar el racismo. Espectros del capitalismo racial en Fernando Ortiz". *Chasqui. Revista de literatura latinoamericana*, 53(1): 151-170.
- Estrada, J. (1996). *El montubio: un forjador de identidad*. Guayaquil: Banco del Progreso.
- Fletcher, Nataly (2003). "Más allá del cholo: Evidencia lingüística del racismo poscolonial en el Ecuador". *Sincronía*, 8(28): s. p.
- Gayraud, Etienne; Domec, Dominique ([1886] 1953). *La capital del Ecuador desde el punto de vista Médico-Quirúrgico*. Quito: Imprenta de la Universidad Central.
- Gil-Blanco, Emiliano; Canela-Ruano, Antonio (2018). "La migración europea al Ecuador (1935-1955). La visión diplomática de la llegada de colectivos problemáticos: los judíos". *Chasqui: Revista Latinoamericana de Comunicación*, 138: 211-227.
- Giorgi, Gabriel (2014). *Formas comunes: animalidad, cultura, biopolítica*. Buenos Aires: Cadencia.
- González Leal, M. Ángel (1997). "Insurgencia popular, oligarquía regional y estado en el Ecuador liberal (1895-1925): la huelga general de Guayaquil, 1922". *Anuario de Estudios Americanos*, 54(1): 159-184.
- Gudynas, Eduardo (2010). "Imágenes, ideas y conceptos sobre la naturaleza en América Latina". En Leonardo Montenegro (ed.). *Cultura y Naturaleza*. Bogotá: Jardín Botánico J.C. Mutis, 267-292.

- Guerrero, Andrés (1994). "Una Imagen Ventrílocua: El Discurso Liberal de la 'desgraciada raza indígena' a Fines del Siglo XIX". En Muratorio, Blanca (ed.). *Imágenes e imagineros. Representaciones de los indígenas ecuatorianos. Siglos XIX y XX*. Quito: Flacso Ecuador, 197-252.
- (2010). *Administración de poblaciones, ventriloquía y transescritura. Análisis históricos: estudios teóricos*. Lima-Quito: Instituto de Estudios Peruanos (IEP) y Flacso-Ecuador.
- Gutiérrez Bossa, Jairo (2016). "'Escuela de la Domesticación': Aproximación Crítica a la idea de Educación en Platón desde las nociones de domesticación y cría articulada con Nietzsche y Sloterdijk". *QUID*, 26: 21-28.
- Handelsman, Michael H. (1997). "Trapped Between Civilization and Barbarism: José de la Cuadra's The Tigress". *Latin American Perspectives*, 24(4): 69-80.
- (2001). *Lo afro y la plurinacionalidad: el caso ecuatoriano visto desde su literatura*. Quito: Abya Yala.
- Haraway, Donna J. (2023). *Mujeres, simios y cíborgs. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Alianza.
- Hayes, Kevin J. (2022). *Poe. Edición anotada*. Madrid: Akal.
- Hochadel, Oliver (2022). "A global player from the South: the Jardín Zoológico de Buenos Aires and the transnational network of zoos in the early twentieth century". *História, Ciências, Saúde-Manguinhos*, 29: 789-812. doi: 10.1590/S0104-59702022000300012.
- Horta Duarte, Regina (2017). "Zoos in Latin America". En *Oxford Research Encyclopedia of Latin America*. Nueva York: Oxford University Press.
- Iso Catalá, Juan (2018). "El simio, el akka y el loco: lecturas del evolucionismo en *Dos partidos en lucha* de Eduardo L. Holmberg y *La ciudad y los locos* de Juan José de Soiza Reilly". *Anales de Literatura Hispanoamericana*, 47: 379-398.
- Jaramillo Alvarado, Pio (1922). *El Indio ecuatoriano. Contribución al estudio de la sociología indioamericana*. Quito: Corporación editora nacional.
- Keck, Frédéric (2017). "La epistemología de las ciencias humanas frente al 'giro animalista'". *Ciencias Sociales y Educación*, 5(10): 257-266. <https://doi.org/10.22395/csye.v5n10a14>.
- Kersfeld, Daniel (2020). "Ecuador frente al nazismo: reacciones desde la prensa, los movimientos antifascistas y la literatura". En Senkman, Leonardo y Milgram, Avraham (eds.). *Cultura, ideología y fascismo. Sociedad civil iberoamericana y Holocausto* Madrid: Iberoamericana, 487-523.
- Locatelli-Zanchi, Fabio G. (2019). "Eugenesia y neolamarckismo en la obra 'Los indígenas de altura del Ecuador' de Emilio Bonifaz (1979)". *Revista Científica y Arbitrada de Ciencias Sociales y Trabajo Social: Tejedora*, 2(3): 12-23.
- López-Baralt, Mercedes (2016). *Para decir al otro. Literatura y antropología en nuestra América*. Madrid: Iberoamericana Vervuert.
- Lugones, Leopoldo (1996). *Las fuerzas extrañas*. Madrid: Cátedra.
- Magasich, Jorge; De Beer, Jean-Marc (2001). *América mágica. Mitos y creencias en tiempos del descubrimiento del nuevo mundo*. Santiago de Chile: Lom.
- Malaxecheverría, Ignacio (2000). *Bestiario medieval. Antología*. Barcelona: Biblioteca medieval Siruela.
- Maranguello, Carla (2017). "Del simio de dios al exotismo del paraíso. Consideraciones sobre la presencia del mono en la ornamentación arquitectónica de las iglesias coloniales surperuanas". *Diálogo Andino*, 52: 27-44. <http://dx.doi.org/10.4067/S0719-26812017000100027>.
- Marcilhacy, David (2006). "La Santa María del aire: El vuelo trasatlántico del Plus Ultra (Palos-Buenos Aires, 1926), preludio a una reconquista espiritual de América". *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 28: 213-241.
- Mena, M. Isabel (2017). "Los Sangurimas: la traducción del mundo del matapalo". *LLJournal*, 12(2): 1-13.
- Monterroso, Augusto (1990). *La oveja negra y demás fábulas*. México: Joaquín Mortiz.
- Moret, Marlene (2020). "José de la Cuadra, intelectual poliédrico: entre literatura y política". *Kipus: Revista Andina de Letras y Estudios Culturales*, 47: 107-126. <https://doi.org/10.32719/13900102.2020.477>.
- Moret, Marlene (2022). "Los feminismos de José de la Cuadra, de jurista a escritor". *Crisol*, 20: 1-14.
- (2023). "En busca del 'alma nueva': el Montuvio". *22 Congreso 2021 de la Asociación de Ecuatorianistas*. Julio de 2021. Quito. Disponible en: <https://hal.science/hal-04098175/document>
- Naranjo, Marcelo (1981). "Political Dependency, Ethnicity, and Cultural Transformations in Manta". En N. E. Whitten (ed.). *Cultural Transformations and Ethnicity in Modern Ecuador*: 95-120: Urbana: University of Illinois Press.
- Nieva, Michel (2018). "La periferia de lo humano: vínculos entre la producción científica del indígena y las representaciones literarias de monos antropoides, criminales, parlanchines y melancólicos". *Ciberletras*, 40: 30-40.
- Nina, Fernando (2011). *La expresión metaperiférica: narrativa ecuatoriana del siglo XX: José de la Cuadra, Jorge Icaza, Pablo Palacio*. Madrid: Iberoamericana.
- Nodari, Alexandre (2015). "A Literatura como Antropología especulativa". *Revista da Anpoll*, 38: 75-85.
- Oberem, Lido (1978). "Contribución a la historia del trabajador rural de América Latina: 'conciertos' y 'huasipungueros' en Ecuador". *Revista Sarance*, 6: 49-78.
- Orrego, Juan Carlos; Serje, Margarita (2012). "Antropología y literatura: travesías y confluencias". *Antipoda*, 15: 15-26. <http://dx.doi.org/10.7440/antipoda15.2012.01>
- Órzhyskiy, Ígor (2010). "Geografismo literario: en pos de la identidad (el Mar de Bolivia y el Equinoccio del Ecuador)". *Revista del CESLA*, 2(13): 419-432.
- Ospina Peralta, Pablo (1996). "Imaginario nacionalistas: Historia y significados nacionales en Ecuador, siglos XIX y XX". *Procesos: revista ecuatoriana de historia*, 9: 111-124.
- Paredes, Willington (2007). *Eloy Alfaro, los Montubios y la transformación revolucionaria del 5 de junio de 1895*. Quito: Banco Central del Ecuador.
- Pareja Diezcanezo, Alfredo (1989). *Los narradores del Grupo Guayaquil*. Discurso de ingreso a la Academia Ecuatoriana de la Lengua. AFESE, 17: s.p.

- Pedraza, Pilar (2009). *Venus barbuda y el eslabón perdido*. Madrid: Siruela.
- Pérez Martínez, Javier (2019). *Poética, retórica y memoria en el amorfino: coplas de amor montubias*. Tesis doctoral. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid. Facultad De Filosofía y Letras.
- Pino Roca, José G. (1930). "Los monos de Carlos II". En *Leyendas, tradiciones y páginas de la Historia de Guayaquil*. Tomo II. Guayaquil: Jouvin.
- Prieto, Mercedes (2004). *Liberalismo y temor: imaginando los sujetos indígenas en el Ecuador*. Quito: Flacso-Abya Yala.
- Quereilhac, Soledad (2015). "Reflexiones sobre una sensibilidad de época: La imaginación científica en la literatura y el periodismo (1896-1910)". *Badebec*, 4(8): 32-59. <https://doi.org/10.35305/b.v4i08.121>
- Quintana, Manuel E.; Palacios, Luis A. (1937). *Mono-grafía y Álbum de Los Ríos*. Quito.
- Quiroga, Horacio (1991). *Cuentos*. Madrid: Cátedra.
- Reggiani, Andrés H. (2019). *La eugenesia en América Latina*. México: El Colegio de México.
- Robles, Humberto E. (1996). "Introducción a la edición crítica de *El montuvio ecuatoriano (Ensayo de presentación)*, de José de la Cuadra" (pp. I-XXVII). Quito: Libresa-Universidad Andina Simón Bolívar.
- (1997). "Los monos enloquecidos en el país de las maravillas: paradigma, zonas de contacto, zonas de 'macidez'". *Kipus: revista andina de letras*, 7: 35-46.
- (2003). "Al rescate de textos ignorados de José de la Cuadra (Nota bibliográfica)". *Kipus. Revista andina de Letras*, 16: 17-42.
- Rodrigo-Mendizábal, Iván (2020). "La ciencia ficción ecuatoriana (1839-1948)". En Teresa López-Pellisa y Silvia G. Kurlat Ares (eds.). *Historia de la Ciencia Ficción latinoamericana I. Desde los orígenes hasta la modernidad*: 233-267. Madrid: Iberoamericana-Vervuert.
- Rodríguez González, Olivia (2021). "El cuento *Piña* de Emilia Pardo Bazán: entre 'bestias y soberanos'". *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, 97(2): 253-271.
- Roitman, K. (2009). *Race, Ethnicity, and Power in Ecuador: The Manipulation of Mestizaje*. Boulder y Londres: First Forum Press.
- Rossianov, Kirill (2002). "Beyond Species: Il'ya Ivanov and His Experiments on Cross-Breeding Humans with Anthropoid Apes". *Science in Context*, 15(2): 277-316. <https://doi.org/10.1017/S0269889702000455>
- Rucquoi, Adeline (2007). "La percepción de la naturaleza en la Alta Edad Media". En F. Sabaté i Curull (ed.). *Natura i desenvolupament. El medi ambient a l'Edat Mitjana*. Balaguer: Càtedra d'Estudis Medievals Comtat d'Urgell, 73-98.
- Rueda Novoa, Rocío (2016). "Desesclavización, manumisión jurídica y defensa del territorio en el norte de Esmeraldas (siglos XVIII-XIX)". *Procesos: revista ecuatoriana de historia*, 43: 9-35.
- Sevilla, Elisa; Sevilla, Ana; Cuvi, Nicolás (2014). "Entre Darwin y Dios: Teodoro Wolf y las primeras clases universitarias sobre el origen de las especies dictadas en el Ecuador (1871)". En Puig-Samper, M. Ángel et al. (Eds.). "Yammerschuner". *Darwin y la darwinización en Europa y América Latina*: XX-XX. Ciudad de México: UNAM.
- Sevilla, Elisa; Sevilla, Ana (2016). "Ángeles caídos o animales perfectibles: el darwinismo en las disputas entre liberales y conservadores en el Ecuador (1875-1895)". En Cuvi, Nicolás, et al. (eds.). *Evolucionismo en América y Europa. Antropología, Biología, Política y Educación*: 249-264. Quito: Doce Calles-FLACSO Ecuador-UNAM-PUCE.
- Sinardet, Emmanuelle (2005). "Un tipo para la ecuatorianidad: El montuvio ecuatoriano de José de la Cuadra (1937)". *Revue Histoire(s) de l'Amérique latine*, 1: 1-12.
- (2011). "Le réalisme social équatorien au service de la dénonciation politique: *Baldomera* (1938) d'Alfredo Pareja Diezcanseco". En Isabelle Durand-Le Guern (dir.). *Roman et politique: Que peut la littérature?*. Rennes: Presses universitaires de Rennes, 209-220.
- Soriano Salkajelsvik, Kari (2016). "El precio de la palabra: la voz del indígena en Huasipungo de Jorge Icaza". *Anales de la Literatura Hispanoamericana*, 45: 325-341.
- Tinajero, Fernando (2004). "Un hombre, una época, un libro". *re/incidencias*, 2: 69-97.
- Tornero, Angélica (2007). "De bestias y bestiaros". *Inventio*, 3(5), 83-87.
- Vallejo, Gustavo; Miranda, Marisa (2019). "Sobre humanos, animales y plantas: los estudios de la herencia en el ámbito académico agropecuario argentino y su impronta social (1886-1930)". En Sarmiento, Marcos, et al. (eds.). *Reflexiones sobre el darwinismo desde las Islas Canarias*. Doce Calles-Universidad de Las Palmas de Gran Canaria-UNAM-Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 451-468.
- Vasco Aguas, M. Dolores (2012). *Las Galápagos en la literatura*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar - Corporación Editora Nacional.
- Velázquez Alvarado, Coral (2021). "Ecce Homo, los simios y el discurso científico. Tres visiones que se encuentran". *Actio Nova: Revista de teoría de la literatura y literatura comparada*, 5: 76-92. <https://doi.org/10.15366/actionova2021.5.004>
- Vecchi, Roberto (2020). "A nostalgia colonial no País da saudade: fantasmagorias e pós-memória". *Confluente. Rivista di Studi Iberoamericani*, XII(2): 169-181. <https://doi.org/10.6092/issn.2036-0967/12175>
- Vidal Barria, Cristian I. (2023). "Matanza fundacional/texto fundacional: historia, memoria y una cruz sobre el agua". *Kipus: Revista Andina de Letras y Estudios Culturales*, 53: 7-25. <https://doi.org/10.32719/13900102.2023.53.1>
- Villanueva Llano, Joaquín (1956). "El «problema del indio» en Bolivia". *Cuadernos Hispanoamericanos*, 84: 314-338.
- Vonnegut, Kurt (1985). *Galápagos*. NY: Delacorte Press.
- Walker Vadillo, M. Ann (2013). "Los simios". *Revista digital de Iconografía Medieval*, V(9): 63-77.
- Whitten Jr., Norman (1999). "Los paradigmas mentales de la conquista y el nacionalismo: La formación de los conceptos de las 'razas' y las transformaciones del racismo". En Cervone, Emma; Rivera Vélez, Fredy (eds.). *Ecuador racista: imágenes e identidades*. Quito: Flacso, 45-70.
- Wynne, Clive D. L. (2005). "Kissing Cousins". *The New York Times*. Dec. 12, 2005.
- Yerkes, Robert M. (1925). *Almost Human*. NY: Century Co.